

# Brigitte
## EN ACCION

Lou Carrigan

# Un vaso de vodka

# Annotation

«Llévele esas rosas a nuestro compañero, Simón. Y aunque usted crea que él no va a oírle, dígale que antes que estas rosas se hayan marchitado en su tumba, yo le habré vengado». Los dos espías quedaron solos en la mesa, silenciosos, hasta que, pocos minutos después, oyeron el anuncio del vuelo que estaban esperando de Lisboa, donde llegaba el cadáver de su compañero.

«Llévele esas rosas a nuestro compañero, Simón. Y aunque usted crea que él no va a oírle, dígale que antes que estas rosas se hayan marchitado en su tumba, yo le habré vengado». Los dos espías quedaron solos en la mesa, silenciosos, hasta que, pocos minutos después, oyeron el anuncio del vuelo que estaban esperando de Lisboa, donde llegaba el cadáver de su compañero.




Lou Carrigan
**Un vaso de vodka**
**Brigitte en acción - 141**

**ePub r1.1**
**Titivillus 25.05.2019**


Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: lvs008
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PROYECTO SCRIPTORIUM




Más libros,
más libres




ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA




**Capítulo primero**

Charles Alan Pitzer, Jefe del Sector de Nueva York de la CIA, miró una vez más su reloj, con evidente impaciencia. Hacía ya casi diez minutos que había llegado procedente de Washington, de modo que…

—Ahí viene —musitó Simón.

Al decirlo, le dio un ligero codazo, que esta vez no molestó a su jefe. Jefe en la CIA y jefe en la floristería donde la CIA tenía uno de sus más eficaces puntos de labor nacional.

Todo lo que hizo Pitzer fue murmurar:

—Las rosas.

Simón tomó el ramo de hermosas rosas rojas: exactamente, dos docenas. Nunca menos, nunca más. Saltaron los dos del taburete en el bar de la sala de espera de vuelos nacionales, y se dirigieron hacia la persona que había estado esperando… O así lo parecía.

Lo que sí era innegable, es que valía la pena de esperar a aquella persona. Joven, elegante, hermosa, rubia, de ojos azules grandiosos… Llevaba un maletín con florecillas azules en la mano izquierda, y un resguardo de equipaje en la manita derecha. Miraba a su alrededor con dulce sonrisa, como encantada de la vida. A fin de cuentas regresaba a casa una vez más… Y regresar a casa una vez más, teniendo en cuenta su profesión, era suficiente para sonreír.

Naturalmente, los vio en seguida. Parecía verlo todo, en realidad. Sus grandes ojos azules se movían hacia todos lados, muy suavemente, sin prisas, pero… Sí; eran capaces de verlo todo. Y al ver a los dos hombres caminando hacia ella, sus ojos se alzaron, su boquita sonrosada se frunció en un gesto de sorpresa, y, finalmente, sonrió con la misma dulzura que podía hacerlo un ángel.

—¡Tío Charlie! —exclamó cuando los dos hombres se detuvieron ante ella—. ¡Qué delicadeza la suya al venir a recibirme! ¡Y con rosas rojas…! Hola, Simón.

—Hola —murmuró apenas el normalmente risueño espía.

—¿Qué pasa? —entornó ella los ojos—. ¿No está contento de verme?

—Psé…

—¿Psé? —Brigitte Montfort parpadeó, desconcertada—. Bien… Apuesto a que tío Charlie le ha dado hoy un mal día. ¿Es así, tío Charlie?

—Como siempre —masculló Pitzer.

—Ah… Bueno, supongo que han traído el coche. Veamos si consigo rápidamente mi equipaje y…

—Podríamos tomar algo en el bar —propuso Pitzer.

—Pues… Se lo agradezco, tío Charlie, pero estoy deseando llegar a casa, para lavarme la cabeza a fin de borrar esta tintura rubia de mis hermosos cabellos negros. Imagino que les avisaron de la Central de que llegaba en este vuelo.

—Sí… Emmm… Sabemos que terminó usted tan eficazmente como siempre su misión en Gutemagua.

—En efecto —musitó Baby Montfort—. Sentencia cumplida[1].

No fue demasiado difícil, aunque requirió mucha… astucia y tacto. ¡Qué hermosas rosas! Las pondré inmediatamente en el jarrón que…

—¿Va a rechazar nuestra invitación? —Gruñó Pitzer.

Brigitte le miró; miró luego al sombrío Simón, de nuevo a Pitzer, otra vez a Simón, otra vez a Pitzer… Por sus purísimos ojos azules pasó, nítido, el destello de su gran inteligencia.

—Creo que esta es una buena hora para tomar un martini —dijo.

Se dirigieron hacia el bar, ocupando una mesita apartada. El reloj que tenían más cerca señalaba exactamente las doce y seis minutos de la mañana. Pidieron un martini, agua mineral y jugo de tomate. Simón ofreció un cigarrillo a Brigitte, que lo aceptó de buena gana. Pitzer miró su reloj, carraspeó, miró hacia el cielo por las amplias cristaleras… Brigitte miró el humo del cigarrillo, bebió un sorbito de martini, sacó la aceituna pinchada en el palillo y la masticó con fruición, mientras se miraba las deliciosas uñitas magníficamente pintadas de rosa perla. Su color preferido. Simón había encendido un cigarrillo para sí y ni siquiera hacía caso de su jugo de tomate; miraba con obstinación sombría la brasa del cigarrillo. Eso era todo.

Pitzer volvió a carraspear.

—Bien… En realidad, Brigitte, no hemos venido a esperarla a usted…

—¡Oh!… ¡Qué tremenda desilusión! Pero, entonces… ¿esas rosas rojas…? ¡No me digan que tienen otra espía a la que también le regalan rosas rojas!

Los dos hombres la miraron vivamente.

—¡Claro que no! —exclamó Simón—. Para nosotros, usted es única.

—Gracias, querido.

—Bueno —masculló Pitzer—. La verdad es que hemos venido a esperar a otra persona aquí, pero como sabíamos que usted llegaba en este vuelo, nos adelantamos un poco… Y con la esperanza de verla, le trajimos las rosas.

—Siempre bien recibidas —sonrió Brigitte—. ¿Tardará mucho esa persona que están esperando?

—No… El avión llegará dentro de unos veinte minutos. Viene de Lisboa.

—Encantadora ciudad… Espléndida de veras. ¿Viene de allí esa persona?

—No exactamente. Viene de Tánger. Sí… Tánger-Lisboa-Nueva York. Es un agente nuestro.

—¿Qué me dice? ¿Regresa uno de mis queridos Simones? —De pronto, su rostro se nubló—. Espero que no regrese herido.

—No… No, no… —tartamudeó Pitzer—. No…

—Regresa muerto —espetó casi brutalmente Simón.

Pitzer se mordió los labios y bajó la cabeza. Brigitte se quedó inmóvil, dando una chupada al cigarrillo. Tras unos segundos de absoluta inmovilidad, durante los cuales su bello rostro perdió visiblemente el color, acabó de dar la fumada y expelió lentamente el humo.

—¿Tuvo un accidente? —musitó.

—Le metieron tres balas en el corazón… Por la espalda. Es un accidente, desde luego: un accidente profesional.

—¿Le han asesinado en Tánger?

—Sí.

—¿Quién o quiénes?

—No lo sabemos… todavía. Están ocurriendo cosas raras en Tánger. Los demás agentes que quedan allí parece que no se entienden muy bien con la situación. Tienen un sospechoso vigilado, según parece, pero no saben qué hacer para que los resultados de su acción sean… fructíferos. Han pedido instrucciones a Washington.

—Esta mañana, a las ocho, me he despedido de míster Cavanagh… ¿Sabía él algo de esto ya?

—Desde luego.

—Pues no me ha dicho nada…

—Es natural. No ha querido disgustarla. Todos sabemos muy bien lo que la deprime la muerte por asesinato de uno de sus muchachos. Bien… En realidad, nosotros debimos hacer como míster Cavanagh: no decirle nada… Pero comprenda que no podíamos sonreírle mientras estábamos esperando el cadáver de un compañero.

—Lo comprendo muy bien, tío Charlie. Por supuesto, ustedes no van a dejar las cosas así, habrán pensado algo… ¿Qué instrucciones han sido enviadas a Tánger desde la Central?

—Todavía ningunas. Como bien sabe, cuando se trata de asuntos de esta clase, solamente podemos enviar al lugar de los hechos a personal… especializado. Los agentes de Tánger son buenos, pero… no son nada fuera de lo corriente. Necesitan alguien que los dirija… Ejem, ejem… Sí… Alguien que sea… persona fuera de lo corriente.

—¿Alguien como yo? —sonrió levemente Brigitte.

—¡Sí, desde luego! ¡Oh!, pero no… No, no… Usted está sobrecargada últimamente, Brigitte. Tanto, que ahora mismo regresa de una misión que no habrá sido fácil… No crea que pretendemos enviarla a Tánger cuando aún ni siquiera ha llegado a casa… No, no es eso, no…

—Claro. Claro, claro: no es eso… Pero supongamos que me ofrezco voluntaria. ¿Pondría usted inconvenientes, tío Charlie?

—Bueno… Vaya… ¿Inconvenientes? Pues no sé… ¡Oh!, vamos, yo creo que usted está cansada, ya enviaremos a otro agente…

—Me gustaría ir yo. Vamos a enterarnos de cuándo sale el primer

avión para Lisboa, y…

—Ejem… Vaya… Casualmente, tengo aquí —sacó un sobre de un bolsillo interior—. Sí, veamos… Tengo aquí casualmente un pasaje de avión Nueva York-Lisboa-Tánger…

—¿Y a qué nombre está… casualmente?

—Pues a… Vaya, sí… A nombre de la señorita Brigitte Lamartine… Esto… ¡Ejem!

—Verdaderamente, es una casualidad. Ese es el nombre con el que estoy viajando ahora, el que he utilizado en mi última misión… Y con el pelo teñido de rubio, cosa que me fastidia. ¿A qué hora sale ese avión hacia Tánger?

—Dentro de una hora y diez minutos.

—No es tiempo lo que sobra, ¿verdad? De acuerdo: tomaré ese avión. Y usted sabía eso perfectamente, tío Charlie. ¿O no?

Pitzer y Simón cambiaron una mirada y ambos suspiraron a la vez.

—Estábamos convencidos de ello, pero… tampoco hay que abusar… Le juro, Brigitte, que me gustaría poder darle un año entero de vacaciones.

—¡Qué horror! —exclamó la divina espía—. ¿Me están esperando en Tánger?

—Avisaremos inmediatamente de su llegada. La estarán esperando, desde luego. Simón va a encargarse de su equipaje, para llevarlo al otro avión… Mientras tanto, tiene usted tiempo de venir a echar un vistazo a nuestro compañero. El avión está al llegar.

Brigitte Montfort negó con la cabeza.

—No —musitó—. Prefiero no verlo. Si lo veo, me ofusco más, y eso no me conviene. Vayan ustedes. Yo me ocuparé de mis maletas y de lo demás. ¿Han avisado a Peggy?

—Sí. Bueno, le… dijimos que era probable que usted volviese a salir de viaje…

—Ahora ya es seguro. Bien: hasta la vuelta.

Se puso en pie y los dos hombres la imitaron rápidamente.

—¿Eso es todo? —murmuró Pitzer—. Hay detalles que…

—Los muchachos de Tánger me pondrán al corriente… No olvide anunciarles mi llegada, tío Charlie. ¡Ah!, gracias por el martini. Y adiós.

—Buen viaje —murmuró Pitzer—. Y feliz regreso.

Brigitte se alejaba ya, pero Simón la llamó, alzando el ramo de rosas.

—¡Baby, las rosas rojas…!

—Llévueselas a nuestro compañero, Simón —dijo la espía—. Y aunque usted crea que él no va a oírle, dígale que antes que estas rosas se hayan marchitado en su tumba, yo le habré vengado.

Los dos espías quedaron solos en la mesa, silenciosos, hasta que, pocos minutos después, oyeron el anuncio del vuelo que estaban esperando de Lisboa. Simón movió el ramo de rosas, y murmuró:

—Estoy seguro de que ella cumplirá lo que ha dicho.

—Y yo. Sin embargo, creo que estamos abusando de Baby… Siempre de aquí para allá, siempre viajando, siempre volando…

Simón sonrió de pronto, asintiendo con la cabeza.

—Al fin y al cabo, es lo que le corresponde: ¿acaso no es un ángel?

## Capítulo II

A las diez y media de la mañana siguiente, tras haber descansado toda la noche en Lisboa, la señorita Brigitte Lamartine llegaba al aeropuerto de Tánger, y, como quiera que todos sus documentos falsos estaban preparados perfectamente, no tuvo la menor dificultad en entrar en el país. Una vez más, Marruecos sería escenario de una aventura de la agente Baby.

Cuando ya finalizados los trámites, salió de la sala de llegada de los vuelos internacionales, un hombre alto, pecoso, de gesto un tanto adusto, la miró fijamente, aplastó su cigarrillo con el pie y se acercó a ella.

—¿Baby? —musitó.

—Hola, Simón.

—La estamos esperando… Sea bien venida.

—Gracias. ¿Ha ocurrido algo nuevo?

—No. Todo sigue igual… ¿La advirtieron de que tenemos vigilado a un sospechoso?

—Desde luego. ¿Sigue bajo vigilancia, espero?

—Está cercado. Aunque él no lo sabe, claro. Le estamos dejando moverse por Tánger con toda facilidad.

—¿Con resultados satisfactorios?

—Hasta ahora, no. En ningún momento se ha comunicado con nadie… Quiero decir, físicamente, personalmente. Hemos llegado a la conclusión, sin embargo, de que no está solo, de modo que debe disponer de una radio de bolsillo.

—Eso es corriente. Aclaremos una cosa, Simón: al llamar sospechoso a ese hombre… ¿se refieren a que sospechan que él mató a Simón?

—Sí.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—Hum… Yo diría que es ruso. Pero no me haga demasiado caso. Estuve algún tiempo en Rusia, y ahora, cada vez que ocurre algo… raro, veo rusos por todas partes.

—Comprendo —sonrió levemente Brigitte—. Por supuesto, debe usted hablar ruso muy bien.

—No tuve más remedio que aprenderlo tan bien como el inglés. Pero aquí, en Tánger, eso no sirve de gran cosa.

—¿Quién sabe?

—Me ocuparé de su equipaje.

Diez minutos más tarde, ya colocado el equipaje en el portamaletas, Simón se sentaba al volante, tras cerrar la portezuela de la derecha, por donde entró Brigitte en el auto. Salieron del estacionamiento y, durante unos segundos, ninguno dijo nada, hasta que Simón, con el ceño fruncido, musitó:

—Antes, cuando le dije que no ocurría nada nuevo, me refería al asunto de ese sospechoso. Pero temo que me expresé mal.

—¿Quiere decir que ocurre algo nuevo… en otra faceta del asunto?

—Bien… Algo así. Aunque no sabemos si una cosa está relacionada con otra.

—¿A qué se refiere?

—En Tánger somos tres agentes los que operamos, secundados por personal marroquí de relativa confianza, ya me comprende. Uno de esos agentes, se llama Mordecai, y usted lo verá pronto; suele realizar pequeños servicios de apoyo; un auxiliar, en una palabra. Procuramos que no esté demasiado al corriente de todo.

—Es lógico.

—Después tenemos otro agente. Éste se llama Muley Hassim, y tiene una pequeña villa en El Monte. El Monte, o Montagne, como la llaman aquí, es una colina que domina Tánger, y en la cual viven las personas adineradas, de modo que la mayoría de las residencias suelen ser incluso suntuosas. Nada más le diré que allá vivían algunos sultanes, y que ahora tiene su residencia en un hermoso palacio el Gobernador…

—Conozco algo Tánger. ¿Qué pasa con Muley Hassim?

—Ha desaparecido.

—¿Muerto?

—Desaparecido. No sabemos nada de él. De pronto, ha desaparecido, eso es todo. Muley Hassim se comunicaba con nosotros cuando la importancia del caso lo requería, por medio de una pequeña emisora cuya onda coincidía con nuestras radios de bolsillo y emisora central. Según Mordecai, el otro marroquí, nuestro compañero muerto recibió una comunicación de Muley Hassim, que fue la que le llevó a cierta calle de Tánger, a un piso. Allí, mataron a… Simón.

—¿Y no han encontrado a Muley Hassim, para que les dé una explicación?

—No. Ha desaparecido. No sabemos ni siquiera por qué nuestro

compañero fue a aquel piso, aunque sí sabemos que fue impulsado por la llamada de Muley Hassim.

—Entiendo. Pero de éste no hay rastro… ¿De dónde sacaron la pista que les llevó hacia el sospechoso que están vigilando?

—No sé si debemos decir que fue pura suerte, Simón fue al piso en cuestión…

—¿Por qué fue él solo?

—El otro Simón y yo estábamos fuera de Tánger, resolviendo cierto pequeño asunto con los compañeros de Rabat. Cuando regresamos, es decir, cuando apenas estábamos a la distancia de alcance de la radio de bolsillo, Mordecai nos avisó de lo sucedido, utilizando su radio de bolsillo. Nos dijo dónde estaba muerto nuestro compañero y fuimos allá. Conseguimos sacarlo sin escándalo y enviarlo a casa por el conducto habitual… Sabemos que ha llegado.

—Casi llegué a verlo —susurró Brigitte—. ¿Por qué les parece más listo ahora que antes el tal Mordecai?

—Bien… Mordecai quedó en la calle, dentro del coche, esperando a Simón. Éste entró en la casa y, a los pocos segundos, Mordecai vio entrar al sospechoso. Apenas dos minutos más tarde, lo vio salir, con cierta… cautela y precipitación. Alarmado, presintiendo algo, se fue detrás del hombre, a pie, a la esquina siguiente, el sospechoso subió a un auto pequeño y se fue. Mordecai tomó la matrícula y luego subió al piso y encontró muerto a Simón.

—¿Qué matrícula es esa?

—CE-9768. De Ceuta. Es uno de esos cochecitos españoles de la fábrica SEAT, modelo 600-D. Color verde.

—¿Encontraron el coche y por medio de él localizaron al sospechoso?

—Exactamente. Y ahora está vigilado, como le he dicho. Pero, mientras nuestros auxiliares marroquíes buscaban ese auto y al hombre que lo estaba utilizando, nosotros quisimos ponernos en contacto con Muley Hassim, naturalmente, puesto que Mordecai nos dijo que Simón había recibido de él la llamada que lo impulsó a ir al piso donde le mataron… Muley Hassim no contestaba nuestras llamadas, así que fuimos allá, a su casa del Monte. No estaba. Ni él, ni sus dos criados, ni las tres esposas que tiene, aparecieron por ninguna parte.

—¿Y la emisora?

—La encontramos, naturalmente. Está en su escondrijo, intacta. Parece que allí no haya ocurrido nada, como si Muley Hassim y los suyos fuesen a volver de un momento a otro. No se llevaron maletas, ni el coche… Todo está como si nada hubiera ocurrido. Parece todo tan tranquilo, que hemos decidido… instalarnos allí provisionalmente a la espera de acontecimientos. Mientras tanto, Mordecai ha ordenado

a nuestros auxiliares marroquíes la búsqueda de Muley Hassim.

—¿Vamos ahora a esa villa de El Monte?

—Si le parece a usted bien…

—Por el momento, sí, aunque debo admitir que no me gusta demasiado. Podría ser una trampa… Y entiendo que ahora, en Tánger, solamente son usted y otro compañero.

—Sí… Solamente dos —sonrió de pronto—. Y usted. Eso cambia mucho la valoración numérica, ¿no cree?

—Es muy amable, Simón. Una última pregunta: ¿quién vivía en aquel piso en el que mataron a nuestro compañero?

—Está desocupado. Es una casa grande, vieja… Parece que está en trance de ser demolida, para construir un edificio nuevo. Por eso nos resultó tan fácil llevarnos a Simón sin ser vistos: los vecinos de las casas contiguas no notaron nada, estoy seguro.

—También querré ver ese piso, Simón.

—De acuerdo. ¿Pero vamos primero a El Monte?

—Sí, sí… ¡Ah!, una pregunta más todavía: ¿hasta qué punto confían ustedes en ese Mordecai?

—Bueno… Durante mucho tiempo ha sido fiel y muy efectivo en sus pequeños trabajos. No desconfiamos de él, aunque siempre estamos dispuestos a admitir que cualquiera puede venderse.

—¿Y todavía no saben nada del fondo del asunto?

—Ni una palabra. Esperamos que Manuel Ortega pueda aclararnos bastantes cosas, cuando por fin lo atrapemos.

—¿Manuel Ortega es el nombre que está utilizando el sospechoso que según usted parece ruso?

—¡Oh!, sí… Olvidé mencionar el nombre. Sí; Manuel Ortega. De nacionalidad española, según consta en el hotel donde está alojado.

—¿Qué hotel?

—El Tánger; 16, Rue Delacroix. Es bastante confortable… Habitación cuatro-uno-dos. Lo cual es un tanto curioso.

—¿Curioso?

—Esa habitación comunica con la cuatro-uno-uno por medio de un cuarto de baño. No —sonrió—. No hay nadie alojado en esa habitación.

—Ah… Pero quizá llegue pronto alguien a ella… ¿No?

—Podría ser. Está reservada.

—¿Por quién?

Simón parpadeó.

—No hemos averiguado eso… aún.

—Un pequeño descuido, Simón.

—Sí… Bueno, quizá no sea tan pequeño —refunfuñó el espía—. Me ocuparé de eso en cuanto…

—Olvídelo. Yo lo haré. Pero, de momento, vamos a esa villa de El

Monte.

El auto se detuvo por fin y Brigitte se apeó. Contempló un instante la casa, blanca, de tejado oscuro. Había palmeras y limoneros en el jardín, no demasiado grande. Flores, higos chumbos, un par de granados… Cuando se volvió, vio las otras casas de la Montague, todas como orladas por jardines. Al fondo, Tánger. El camino hasta allí había sido empinado, pero la carretera era lo bastante buena para no haber sufrido la menor incomodidad.

Un marroquí había abierto la puerta y contemplaba en silencio a Brigitte y a Simón, el cual le ordenó:

—Ve a avisar a Michael, Mordecai.

Éste desapareció en el interior de la casa, y Simón se volvió hacia la espía.

—Está en la emisora por si… ¿Qué ocurre?

—No me gusta escuchar nombres, Simón. Aunque sea tan corriente e inexpresivo como el de Michael.

—Eeee… Sí, lo siento.

—Usted será Simón I, y él será Simón II. Sólo eso. Hace ya muchos años que aprendí la conveniencia de no conocer nombres de mis compañeros.

—Lo sé… Bueno, no volverá a suceder. ¿Entramos?

Había un hermoso vestíbulo, con flores, y desde ambas ventanas se veía el jardín. Los muebles eran europeos… hasta que entraron en una sala con las paredes llenas de tapices, divanes con almohadones, espingardas en las paredes… Simón I descorrió las cortinas del ventanal. Y apenas había terminado de hacerlo, aparecieron Simón II y Mordecai, silenciosamente. El primero se colocó ante Brigitte, contemplándola con risueña curiosidad, mientras le tendía la mano.

—¿Qué tal? —saludó.

—Bien —sonrió Brigitte—. ¿Nada nuevo en la emisora?

—Nada. Nos trasladamos aquí después de recibir en Tánger la noticia de su próxima llegada. Puesto que ha venido usted, no precisamos ya contactos con nadie… Solamente, con Muley Hassim, pero me parece que eso debemos ya olvidarlo.

—Quizá. ¿Están seguros de que no está en el chalet?

—Claro —parpadeó Simón II—. Lo hemos registrado todo, naturalmente.

—¿Puedo hacerlo yo?

—¡Por supuesto! Sabemos muy bien que a partir de este momento, nosotros debemos limitarnos a obedecerla, Baby. Le mostraré el lugar donde tiene escondida la emisora Muley Hassim, y luego examinaremos de nuevo toda la casa —sonrió esperanzado—. Ojalá usted sea más lista que nosotros.

Pues no.

Al parecer, la agente Baby no era más lista que los Simones, que ya habían demostrado serlo considerablemente al encontrar la radio, que estaba detrás de un gran arcón, en un dormitorio, empotrada en la pared y cubierta por una puertecilla tapizada en grueso papel. Al cerrar esa puertecilla y colocar el gran arcón en su sitio, el escondrijo podía considerarse casi perfecto. La villa tenía cinco dormitorios más, uno de ellos enorme, con lechos formados por almohadones en cavidades rectangulares en las paredes. En el centro había una alfombra gruesa, enorme, que parecía de pelo de camello. En las ventanas, de bonitos arcos árabes, se veían algunos tiestos pintados de rojo, con hierbabuena. Desde allí se veía el jardín, el garaje… y, lejos, Tánger. Siempre Tánger a la vista.

—Bien —murmuró Brigitte—. Parece que en esta casa sólo podemos esperar. Sin embargo, opino que ya hemos esperado bastante… ¿A qué se dedica el tal Manuel Ortega?

—A pasear —musitó Simón II—. Todos los comunicados que recibo son en ese sentido. Ha estado ya en la Kasbah, ha visitado el Palacio del Sultán, ha ido en coche hasta Cap Espartel, ha paseado por la Avenida de España, Boulevard Pasteur, el Mirador, el Zoco… Pasea. Eso es todo.

—¿Todavía no ha tenido ningún contacto?

—No. Siempre está solo. Claro que no me fiaría de los marroquíes amigos de Mordecai que lo vigilan. Nosotros sabemos que un profesional del espionaje como… como nosotros mismos, puede hablar con alguien sin que gente poco avezada se dé cuenta.

—Sí… Puede haber hablado con alguien en cualquier café, en el hotel, en un choque ocasional con alguien… Creo que ya hemos esperado bastante.

—¿Vamos a por él? —sonrió secamente Simón I.

—Desde luego. Ya ha paseado bastante.

## Capítulo III

Hacia las siete y media de la noche, Manuel Ortega regresó al Hotel Tánger. Pidió su llave y se metió en el ascensor, cuya puerta le abrió el asombroso conserje berebere, de oscura piel y grandes ojos inyectados en sangre, que vestía bombachos y chaquetilla roja y medias blancas, igual que el turbante. Por lo menos medía un metro noventa.

Aunque en lo de la estatura, Manuel Ortega no tenía demasiado que envidiarle, pues él alcanzaba el metro ochenta como mínimo. Ancho de hombros, de cuello seco y duro, de apariencia delgada pero fibrosa, Manuel Ortega producía a su paso una reacción entre sorprendente y sobrecogedora. Serio como un muerto, inexpresivos

sus ojos oscuros, siempre prietos los labios finos de su gran boca de cepo, resultaba impresionante. Más de una camarera casi había gritado al tropezarse con él en los pasillos, pues Manuel Ortega aparecía de pronto siempre, como si hubiese sido transportado allí por una de esas curiosas máquinas del tiempo, de los relatos fantásticos de ficción.

Cuando introdujo la llave en la cerradura, destacó su mano, grande, nervuda, pálida, fortísima. Dio la vuelta, entró, dio la luz del brevísimo pasillo, cerró la puerta y se encaminó directamente al dormitorio, dejando a su izquierda la puerta del baño.

Dio la luz del dormitorio… y quedó clavado en el piso. Eso fue todo.

—Hola —saludó amablemente la rubia, en ruso—. ¿Qué tal, señor Ortega?

Estaba sentada en la pequeña cama supletoria del rincón, que durante el día servía de sofá. Apoyada en los almohadones, cruzadas sus sensacionales piernas, magníficos aquellos grandiosos ojos azules, todo habría sido perfecto si, además, la rubia no hubiera tenido la pistolita en la mano derecha. Junto a ella, en la cama supletoria, había un gracioso maletín rojo con florecillas azules.

—¿Cómo dice? —susurró por fin Ortega, en perfecto español.

—He dicho «hola» —repitió la rubia, también en perfecto español —. Hola, eso es todo.

—Pues hola —masculló Ortega—. ¿Se ha equivocado de habitación?

—Parece que usted no da importancia a mi pistola, señor Ortega.

—No creo que tenga usted mucho que robar aquí. Pero como no pienso discutir con quien tiene un arma, vea si algo le gusta y lárguese.

—Vamos, vamos… Seamos consecuentes. Yo no me he equivocado de habitación. Si estoy aquí es porque quería estar precisamente aquí, en el alojamiento de Manuel Ortega. Le busco a usted, es evidente.

—Pues ya me ha encontrado. ¿Qué quiere?

—¿Lleva pistola?

—Quizá.

—Si la lleva, le sugiero que la saque, con dos dedos, y la deje caer a sus pies, sin hacer ruido innecesario. Luego, empújela hacia mí, siempre sin brusquedades.

—No llevo pistola… ¿Qué demonios quiere usted exactamente?

—Haremos un viaje juntos. Y cuando estemos en un lugar tranquilo, usted me dirá por qué mató a un hombre, de tres balazos en la espalda, hace casi tres días ahora, en un piso de una casa declarada en ruinas.

—¿Está loca? —sonrió de pronto Ortega—. Jamás he matado a nadie, señorita. Ya le he dicho que ni siquiera llevo pistola.

—Yo creo que sí la lleva, porque he registrado todo su equipaje y no la he encontrado. De modo que tiene que llevarla encima… Sea tan amable de obedecer mis indicaciones anteriores.

—No voy armado.

—Eso ya lo veremos. De momento, le diré exactamente lo que vamos a hacer. Le he visto dejar su coche en ese pequeño estacionamiento que hay delante del hotel… Ese cochecito matrícula de Ceuta… Como ve, no me equivoco sobre usted. Ahora, después que me haya entregado su pistola, los dos saldremos amistosamente de aquí, como buenos camaradas… Nadie se sorprenderá, porque esta tarde me he alojado en el hotel y creerán que somos antiguos amigos, que hemos tenido un agradable encuentro y vamos a cenar por ahí. Usted sonreirá, señor Ortega, y…

—No suelo sonreír cuando no tengo ganas de hacerlo.

—Deberá hacer un esfuerzo. Pero sigamos: bajaremos en el ascensor, cruzaremos el vestíbulo, iremos al estacionamiento y entraremos en el auto. Yo detrás, siempre apuntándole tan discretamente que nadie se dará cuenta… Cuando estemos los dos dentro del coche, llegará un amigo mío, que se sentará junto a usted. Entonces, saldremos del estacionamiento, iremos al Boulevard Pasteur, subiremos hacia la Plaza de Francia, y, a partir de ese momento, mi amigo le irá indicando el camino hasta nuestro destino. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente. Pero no pienso hacerlo.

—Ya verá como sí. Porque, de lo contrario, señor Ortega, le voy a matar ahora mismo. ¿Cree que no soy capaz? Sólo se trata de apretar el gatillo.

Manuel Ortega se quedó contemplando hoscamente durante unos segundos a la bellísima rubia.

—De acuerdo —musitó al fin—. Iremos de paseo.

—Espléndido. ¿Sigue negando que lleva pistola?

—Desde luego.

—Vuélvase, señor Ortega. Con las manos sobre su cabeza. No estoy bromeando y usted lo sabe.

Manuel Ortega encogió los hombros, puso las manos sobre la cabeza y dio media vuelta, quedando de espaldas a la rubia. Ésta se puso en pie, sonrió fríamente y se acercó sin hacer el menor ruido. La punta de su pistolita se apoyó en la espalda de Ortega, mientras su manita izquierda iba hacia el sobaco de este lado del hombre. La sonrisa se enfrió aún más al notar el bulto de la pistola en la axila.

—¿De modo que no llev…?

No terminó la sarcástica frase. Manuel Ortega bajó velozmente un

brazo, golpeando hacia atrás, hacia el punto donde se apoyaba la pistola. Era la salida clásica de esta clase de apuros: se desvía el arma, se gira, se lanza un golpe tremendo… y se cambian las tornas.

No.

No ocurrió así aquella vez.

El brazo de Ortega no llegó a tocar la pistola. No tocó nada, porque la rubia había retrocedido un paso con una rapidez fantástica… Ortega, ya lanzado, completó mecánicamente su acción de volverse, lanzando ya el puño derecho… Todo era calculado, todo matemático, pensado y hecho en menos de un segundo. Por eso, aunque sin el menor resultado a su favor, Ortega completó todo el ciclo defensivo… sólo que fallando el golpe contra la pistola y contra el rostro de la rubia, que, cuando el hombre quedó tambaleante ante ella, retrocedió otro paso, alzó su pierna derecha y lanzó un taconazo seco, corto, que alcanzó a Ortega de lleno en el vientre.

—¡Aaaagg…!

Gimiendo, Ortega se inclinó, mientras la rubia giraba ahora sobre la punta del pie afirmado en el suelo, describía una vuelta completa y, siempre con la pierna alzada, alcanzaba nuevamente a Ortega, ahora en la barbilla, con tal fuerza que lo tiró de espaldas sobre la cama, donde rebotó para caer de bruces al suelo. Se incorporó velozmente, muy abiertos los ojos, y se lanzó de nuevo contra la rubia, que desapareció en cuclillas bajo él, se enderezó justo cuando el abdomen de Ortega estaba sobre sus hombros y el hombre salió volando hacia arriba y adelante, cayendo ahora sobre la cama supletoria, donde también rebotó, para caer de espaldas al suelo esta vez.

Su mano derecha fue hacia el sobaco izquierdo, pero, cuando apenas había tocado la pistola, el agudo tacón de uno de los zapatitos de la rubia se clavó moderadamente en su garganta, mientras la pistolita apuntaba firmemente a su cabeza.

—Siga —susurró, conteniendo el jadeo—. Saque esa pistola de prisa, y yo le volaré la cabeza.

Los oscuros ojos de Ortega estuvieron fijos unos segundos, fríamente, en aquellos ojos, tan azules, tan grandes… y tan congelados en aquel momento. Por fin, lentamente, retiró la mano, sacándola sin la pistola.

—Vuélvase ahora, saque la pistola, y, sin volverse, pásela hacia atrás, deslizándola por el suelo.

Ortega obedeció. La rubia recogió la pistola, sin mirarla; recogió también el maletín rojo con florecillas azules, que había caído al suelo al rebotar Ortega en la cama; lo abrió, guardó allí la pistola de Ortega, lo cerró y dijo:

—Levántese ya —y cuando fue obedecida, terminó—. Esto no es ninguna broma, señor Ortega. Ya le he dicho lo que vamos a hacer

ahora. Si en algún momento quiere volver a pasarse de listo conmigo, le mataré, aunque estemos en pleno vestíbulo del hotel. ¿Está claro?

—Sí.

—Arréglese las ropas y salgamos.

Mientras Ortega se arreglaba, la rubia hizo lo mismo. Tomó un fino jersey que había en el respaldo de la sillita del buró adosado a la pared, y se lo colocó sobre la mano armada, ocultando la pistola. Luego, con la mano izquierda, tomó el maletín.

—¿Listo?

—Sí.

—Pues adelante. Veamos si es un hombre inteligente o un suicida.

Manuel Ortega resultó ser, en fin de cuentas, un hombre inteligente. Salieron sin novedad del hotel sonriendo ambos, charlando en español sobre una posible visita al cercano Casino Municipal… Fueron al pequeño solar donde provisionalmente al parecer estacionaban algunos coches previo pago de un dirhan, y el marroquí que estaba al cuidado de los vehículos se acercó presurosamente, sonriendo, para dirigir la maniobra de salida de tan reducido lugar.

Primero entró la rubia, tras volcar el asiento delantero a fin de tener paso. Luego, entró Ortega, colocándose ante el volante. Y en seguida, apareció un hombre que llamó a la ventanilla opuesta. Ortega se inclinó hacia aquel lado, abrió el cierre y el hombre entró sentándose a su lado.

—Todo bien por aquí fuera, Baby —dijo—. Vámonos.

—En marcha, señor Ortega —sonrió la rubia.

Salieron del estacionamiento, sobresaltando al marroquí servicial que pretendía dirigir la operación. Recorrieron las estrechas calles hasta salir al Boulevard Pasteur, siguieron hacia arriba, cruzaron la Plaza de Francia, siguieron por Rue de Belgique, luego por Rue S. Francisco… Estaban a punto de llegar a Sidi Amar cuando Simón ordenó:

—Colóquese a la derecha y pare, Ortega.

Éste obedeció. Detuvo el coche junto al bordillo de la solitaria acera, comenzó a volverse hacia Simón… y recibió en plena cabeza, por encima de la frente, el tremendo golpe que el agente norteamericano le propinó con la pistola. Sin un gemido siquiera, Manuel Ortega se desvaneció, se desmadejó, deslizándose hacia Simón, que lo tiró rudamente contra la ventanilla.

—No era necesario —murmuró Brigitte.

—Este tipo es un asesino —gruñó Simón—. No seré yo quien arriesgue con él. Y mucho menos pienso permitir que sea usted la que corra riesgos. Está bien así.

Salió del coche, abrió la otra portezuela, empujó a Ortega y se

colocó ante el volante.

—Cuando despierte, ya no podrá intentar nada… Y me parece que no le va a gustar su situación.

## Capítulo IV

La situación no podía gustarle ni a Manuel Ortega ni a nadie, ciertamente. Cuando, tras parpadear varias veces, quedó al fin con los ojos abiertos, y captando el ambiente, se encontró atado de pies y manos a una silla, rodeado de decoración marroquí, la rubia sentada ante él mirándole fríamente y un Simón a cada lado, mirándole no menos fríamente. En la puerta de aquel salón a estilo marroquí, uno de éstos, de espaldas a la puerta, mirándole fijamente. Las ventanas de estilo árabe estaban ocultas por unas cortinas de color granate intenso, colocadas allí de cualquier manera, provisionalmente.

—¿Sabe dónde está, señor Ortega? —preguntó Baby.

—No.

—En la villa de Muley Hassim.

—No sé de qué me habla.

—¿No sabe quién es Muley Hassim?

—No.

—¿Tampoco sabe nada sobre un hombre que fue hallado muerto de tres balazos en la espalda en aquella casa abandonada de la calle Hasnona?

—Tampoco.

Baby se volvió hacia el marroquí que estaba ante la puerta.

—¿Es éste el hombre, Mordecai? —susurró.

—Sí. Con toda seguridad. Él fue quien entró detrás de… de Simón, y salió dos minutos después, aproximadamente.

—Bien… ¿Quiere un trago, señor Ortega?

La espía se volvió hacia la mesita de madera de cedro con adornos de marfil, y alzó ostensiblemente una botella de vodka. Junto a ella había un vaso. Brigitte se quedó mirando a Ortega, esperando su respuesta para escanciar o no escanciar vodka. Como Ortega no contestaba, alzó las cejas, subrayando su interrogación.

Manuel Ortega se pasó la lengua por los labios.

—No.

—A su gusto. A mí, en cambio, me encanta el vodka. Creo que voy a permitirme un traguito.

Se sirvió media pulgada, bebió un sorbito y sonrió… Pero la sonrisa no le gustó nada a Manuel Ortega.

—Señor Ortega, a fin de evitarnos más tonterías, seré yo quien hablará claro en primer lugar. Mi nombre de… guerra es Baby. De la CIA Y estoy segura de que usted lo ha oído muchas veces antes de

ahora. Por supuesto, nosotros tenemos la certidumbre de que usted no es español, y casi, casi, la seguridad de que es ruso. Notable diferencia, ¿no le parece? Ahora, fíjese: sea usted español o ruso, lo cierto es que está… fichado como responsable del asesinato de uno de mis compañeros, cosa que jamás perdono. Jamás. Entonces, dadas todas estas circunstancias, sólo pueden ocurrir dos cosas. Una: usted me aclara lo que ocurrió, por si puede convencerme de que debo ser indulgente con usted. Dos: si no me convence, o no me contesta, simplemente, le voy a matar. Tiene tres segundos para empezar a hablar.

Sacó la pistolita despegándola de un muslo, con suave tirón a la tira de esparadrapo color carne, y se quedó mirando con intensa fijeza a Ortega, que volvió a pasarse la lengua por los labios. Solamente un loco habría hecho caso omiso de la mirada de aquellos hermosos ojos azules.

—Sergei Savoritchenko —musitó de pronto—. Agente volante de la MVD.

—Eso está mejor —suspiró Brigitte—. Veamos ahora si…

—Pero yo no maté a su compañero.

—¿No? ¿De veras? ¿Quién fue?

—Otro hombre.

—¿Qué hombre?

—No sé.

—Vamos, vamos, camarada Sergei… No basta con decir que no lo hizo, compréndalo. Existe un culpable, y no tenemos a mano otro más que usted. Si no se extiende un poco más en sus aclaraciones, temo que no vamos a creerle.

—Cuando yo entré en aquel piso, su compañero acababa de morir.

—¿Y no vio a nadie allí, salvo el cadáver?

—A nadie.

—¿Pretende burlarse de nosotros? —Gruñó Simón I.

—Sólo tiene que comprobar las balas de mi pistola con las que mataron a su amigo, y verán que digo la verdad.

—¿De qué está hablando? —musitó Brigitte.

—De la pistola del muerto —gruñó Savoritchenko—. Le mataron con ella. ¿No lo sabía?

Hoscamente fruncido el ceño, Baby se volvió hacia los Simones, mirando de uno a otro. Ambos parecían estupefactos.

—¿Lo sabíamos? —preguntó secamente.

—Pu-pues no… No… Bueno, cuando nosotros llegamos junto a… a Simón, Mordecai estaba esperándonos allí. Dijo que no había tocado nada… Simón estaba de cara al suelo, se veían las manchas de tres balazos en la espalda, y en el suelo estaba su pistola…

—¿La había disparado?
—Pues… Sí… Sí, había sido disparada…
—¿Cuántas veces?
Simón I y Simón II cambiaron una mirada.
—Tres veces —dijo Simón II, al fin.
—Pero nosotros pensamos que había podido intentar defenderse, o algo así —añadió rápidamente Simón I—. No se nos ocurrió que podían haberle matado con su propia pistola. ¡Oh, vamos, eso es imposible!
—¿Por qué es imposible? —refunfuñó Savoritchenko—. Cuando yo llegué, estaba muerto, tenía la pistola al lado… Cuando miré su rostro, vi señales de golpes en él… La cosa está bien clara: le golpearon, lo derribaron, le quitaron la pistola y le mataron con ella.
—Es una explicación muy conveniente… para usted, claro.
—No tengo otra.
—Pues ésa no nos satisface en absoluto —aseguró Simón II.
—¿Es cierto que Simón tenía golpes en el rostro? —preguntó de pronto Brigitte.
—Bueno… Sí, eso sí es cierto, realmente…
—¿Dónde está su pistola?
—La enviamos con él, con todas sus cosas, a Estados Unidos.
—Habrá que llamar a la Central, preguntando si las balas que tenía Simón en el cuerpo eran de su propia pistola…
—¿Qué probaría eso? —refunfuñó Simón I—. Yo puedo golpearla a usted, aturdiría y matarla con su propia pistola, ¿no es así? ¿Significaría que yo no la había matado el hecho de que usted hubiese muerto con balas de su propia pistola?
—No —admitió Brigitte—. Pero pediremos esa aclaración a la Central. Mientras tanto, desde luego, el camarada Sergei nos dirá cómo sabía él que Simón iba a ir a aquella casa, y por qué lo estaba esperando. ¿De acuerdo, Sergei?
—No sabía que su compañero iba a ir a aquella casa.
—Entiendo. Eso significa que esperaba usted allí a otra persona, supongo. Porque no irá a decirme que usted estaba paseando cerca de aquella casa por casualidad.
—No.
—Ajá… Dígame: ¿qué hacía usted por allí?, ¿qué estaba esperando?
—Vigilaba a un hombre que había entrado en la casa.
—Ah… ¿El hombre que, según usted, mató a nuestro compañero?
—Sí.
—Veamos, camarada Sergei: nuestro compañero Simón recibió una llamada por radio que le impulsó a acudir a aquella casa. Evidentemente, era una cita con alguien. Alguien que primero había

conseguido comunicarse con Muley Hassim, el dueño de esta villa. Muley Hassim trasladó la cita a Simón, el cual debió considerar muy importante el asunto. Tan importante, que acudió a la cita sin esperar a sus compañeros de Tánger —señaló a los dos Simones—. Ahora bien, resulta que cuando él llega a la cita, el hombre que le había citado por medio de Muley Hassim, simplemente, le mata. ¿Le parece esto razonable? ¿Usted citaría a un agente cualquiera de la CIA sólo para matarlo en una casa abandonada?

—No.

—Entonces… ¿por qué aquel hombre mató a mi compañero, si antes lo había citado? ¿Por gusto? Esa clase de espionaje ha pasado ya a la negra historia, Savoritchenko. Ahora, los espías digamos… corrientes, se dedican a vigilar a otros espías, eso es todo. Y sólo matan cuando es inevitable, por razones importantes o por seguridad personal, lo cual me parece… comprensible. ¿Cree usted que mi compañero atacó al hombre que le había citado?

—No sé.

—Yo sé que no lo hizo. Si aquel hombre le citó, era porque no temía nada de la CIA Y Simón fue allá con este convencimiento… Entonces, ¿por qué le mató? Quedamos en que no fue ni por gusto, ni por seguridad personal… ¿Qué otra razón puede quedar?

—Me temo que, en cierto modo, yo fui causante de esa muerte.

—¿Sí? ¿En qué modo?

—Cuando subí detrás de su amigo, el otro debió asustarse al oírme, creyó que era una trampa, y golpeó a su amigo, matándole luego, furioso por considerar que le habían tendido una trampa. Y escapó.

Los espías norteamericanos cambiaron miradas de desconcierto.

—Me parece que no se está usted explicando demasiado bien, Savoritchenko —murmuró Brigitte.

—Yo creo que sí. Yo estaba vigilando al hombre que citó a su compañero, y él tenía miedo. Cuando llegó su compañero, y luego él probablemente me oyó subir, creyó que todo era una trampa… Por otra parte, dudo mucho que él supiera que el hombre que acudía a la cita era de la CIA.

Los de la CIA volvieron a cambiar miradas de desconcierto.

—Ahora es cuando no entendemos nada de nada —masculló Simón.

—Ni yo —admitió Brigitte—. Si el hombre que esperaba a Simón, le había citado por medio de Muley Hassim, tenía que saber que era de la CIA.

—No creo que las cosas sucedieran así.

—¿No? Será interesante escuchar su versión de los hechos, ya que parece dispuesto a colaborar.

—Digamos —sonrió sorpresivamente Savoritchenko— que acabo de tener una buena idea por medio de la cual quizá nos convirtamos en aliados ustedes y yo.

—Eso es poco probable —espetó Simón II—. Muy poco probable.

—¿Por qué? —sonrió Brigitte—. Cuando el camarada Sergei dice eso, tiene que tener muy sólidas razones… Y quizá las comprendamos si él nos da su propia versión. ¿Está dispuesto, Sergei? Pues adelante.

—Empezaré por decir que hace un par de semanas, tres agentes de la MVD escaparon de Rusia llevándose un portafolios. Tres traidores, para que quede bien claro. Inmediatamente, la MVD lanzó la orden de captura de esos tres hombres. Los estuvimos siguiendo por toda Europa, hasta que, finalmente, saltaron a Tánger, según noticias. Llegué a Tánger, localicé a uno de ellos, y decidí esperar, pues, primordialmente, lo que interesa no es sólo matarlos, sino recuperar el portafolios.

—Estoy de acuerdo en matar traidores. Nunca me gustaron… ¿Qué contiene ese portafolios?

—Luego llegaremos a eso. De momento, sepa que el contenido es tan interesante que, puesto a la venta en un mercado de espionaje, no dudo que alcanzaría un precio de cinco millones.

—¿De rublos?

—De dólares.

—Fiuuu… —Silbó Simón I.

—¿Cree que sus tres traidores han venido a Tánger a vender el contenido de ese portafolios?

—Evidentemente. Todos sabemos que hay un mercado muy bueno para estas cosas aquí. ¿Cierto?

—Eso dicen —sonrió Brigitte—. ¿Y bien?

—Los tres traidores rusos llegaron a Tánger, hicieron correr la voz de que tenían algo muy bueno, y, de un modo u otro, es evidente que su amigo de ustedes, Muley Hassim, se enteró. Puesto que, según deduzco por su nombre, es árabe, es muy posible que se pusiera en contacto con los tres traidores, o con uno de ellos, o con un intermediario… Consiguió una cita… y envió a su compañero Simón, como comprador del contenido del portafolios, pero, sin informar de que el comprador era de la CIA De modo que uno de los traidores, el único que yo había localizado y que estaba vigilando, acudió a la cita. Se entrevistó con el compañero de ustedes, y, cuando debió oírme a mí, receló algo, golpeó a Simón y escapó. Mientras tanto, yo, que había estado esperando precisamente que mi perseguido se pusiera en contacto con alguien, pues eso implicaría que llevaba encima el contenido del portafolios aunque fuese microfotografiado, creí que había llegado el momento, y subí dispuesto a todo… lamentablemente, hice más ruido del que pensaba, me oyeron, se

asustó mi perseguido, mató a Simón y escapó. Luego, me fui yo, pues naturalmente, no quería complicarme la vida.

—Muy lógico. De donde se desprende que quien mató a mi compañero Simón no es usted, sino uno de los agentes rusos perseguidos por haber traicionado a Rusia y a la MVD.

—Si. Sólo pudo ser él.

—¿Cuál es su nombre?

—Bueno… —vaciló Savoritchenko.

—Si vamos a colaborar deberá ser más claro y explícito, ¿no le parece? —sonrió Brigitte.

—Se llama Igor Tochenko.

—¿Y los otros dos?

—Georgi Vlady y Vladimir Ovanikof… —Gruñó Sergei, claramente a disgusto.

—De acuerdo. Esos tres hombres tienen algo que va dentro de un portafolios y que puede valer hasta cinco millones de dólares… ¿Por qué no habían de ofrecerlo a la CIA? No somos un servicio de espionaje pobre, precisamente. Y pagamos mucho más puntualmente que ustedes.

—No creo que ellos se atrevieran a venderlo a la CIA Lo dudo muy seriamente. La cita entre Simón y Tochenko en aquella casa vieja sólo significa que Muley Hassim consiguió una buena información, y que la pasó inmediatamente a Simón. Sólo eso. Pero sé que los tres traidores no se atreverán a contratar con la CIA Preferirán vender el contenido del portafolios a cualquier otro agente de cualquier país. Posiblemente, China. Con más seguridad, Vietnam… No sé. Lo único que sé es que tengo que recuperar ese portafolios antes de que sea vendido, o que su contenido trascienda a alguien.

—¿Y usted espera que nosotros le ayudemos a recuperar el portafolios?

—Sí.

—¿Acaso está solo en Tánger, Sergei?

—Desde luego que no. Pero solamente tenemos localizado a Tochenko y quizá sea él precisamente quien no tenga el portafolios. Con la ayuda de la CIA, todo será más fácil. Podríamos atrapar a los tres traidores entre dos fuegos.

—Podían ustedes haber atrapado a Tochenko ya, y hacerle confesar dónde están los otros dos y el portafolios.

—Si le ponemos la mano encima a Tochenko, los otros dos volarán. Lo sé. Por eso, antes de actuar, queremos saber dónde está el portafolios. No podemos permitir que caiga en manos de nadie.

—Entiendo. Bien, ¿podemos saber ya qué contiene ese portafolios?

—Planes de sabotaje.

—¿Contra quién?

—Contra Estados Unidos

Brigitte se quedó mirando fijamente al espía ruso.

—En tal caso, yo creo que sus compañeros traidores sí podrían ofrecer con grandes ventajas ese portafolios a la CIA, que pagaría un buen precio por él.

—No lo harán. Primero, porque esperan conseguir más dinero en el mercado de espionaje de Tánger, según suponemos. Segundo, porque saben muy bien que lo primero que vigilaremos nosotros será a los agentes de la CIA Tercero, porque saben perfectamente que si hacen trato con ustedes, tendrán que viajar a Estados Unidos, y allá, nuestros compañeros acabarían con ellos. No, no, no… Prefieren un país que pueda darles cobijo mucho más seguro que Estados Unidos durante algún tiempo. La CIA, como la MVD, está demasiado vista. Es peligroso para ellos. Y podría probar esta teoría mía el hecho de que Tochenko matase a Simón, que quizá empezó por decirle que era de la CIA, y que podía pagar muy buen precio. O eso, o me oyó subir a mí y se asustó, al creer que era un amigo de Simón que colaboraba en la trampa.

Brigitte estuvo pensativa durante casi medio minuto, antes de asentir gravemente.

—Su historia es convincente, Sergei. Y mientras no encontremos a Muley Hassim, que es el único que sabe por qué fue Simón a la casa vieja de la Rue Hasnona, no puedo rebatirla. Con todo, sigo pensando que sus tres traidores habrían hecho buen negocio vendiendo ese portafolios a la CIA.

—No lo harán. A cualquiera menos a la CIA.

—Está bien… ¿Qué clase de sabotajes están planeados en el contenido del portafolios?

—En total, son cincuenta y dos sabotajes. Fueron planeados cuando el bloqueo de Cuba, y, excepto tres o cuatro, los demás son perfectamente vigentes. Estaban archivados, desde luego, ya que Rusia no pensaba hacer uso de ellos… por el momento.

—Entiendo —sonrió secamente Brigitte—. Pero si las cosas se pusieran mal entre Rusia y Estados Unidos, esos sabotajes que ya están estudiados y preparados, podrían llevarse a cabo en muy poco tiempo. ¿No es así?

—Desde luego que sí.

—Y por supuesto, si caen en manos de alguien que no sean ustedes o nosotros, podrían quizá llevarlos a la práctica sin necesidad de ninguna declaración de guerra.

—Usted sabe —sonrió también secamente Savoritchenko— que muchos países pagarían mucho dinero por poder poner en práctica unos sabotajes tan bien preparados. Le aseguro que su país acusaría el

golpe, Baby.

—Sin duda. ¿Puede mencionarme algunos de esos sabotajes?

—¡Oh!… La presa Hoover, centrales hidroeléctricas, fábricas de armamento pesado, puertos, aeropuertos, centrales nucleares, bases de investigación espacial… Está todo calculado para que, en un solo día, a la misma hora, con solamente tres días de preparación, se pudieran realizar todos esos sabotajes simultáneamente.

Brigitte tragó saliva. Se notaba algo pálida, pero no estaba dispuesta a demostrar al espía ruso lo mucho que la estaba impresionando aquella revelación.

—¿Tienen copias de esos sabotajes planeados en Moscú?

—Claro que tenemos copias.

—Pero si nosotros llegamos a obtener las que han robado allá sus tres traidores, podríamos… preparar la anulación de esos sabotajes, ¿no es así?

—Supongo que sí —refunfuñó Savoritchenko.

Brigitte pudo ocultar un suspiro de alivio, pero no su sonrisa.

—Le ayudaremos, Sergei.

—Podrían empezar por soltarme. Estoy muy incómodo.

—¡Oh!… Y supongo que querrá también su pistola y la radio de bolsillo que le hemos quitado.

—Bueno… Somos aliados, yo estoy solo y ustedes son cuatro.

—Y no estamos aún muy seguros de que esté diciendo la verdad, Sergei. Creo que sólo la sabremos después de comunicarnos con Washington, y saber si Simón murió con su propia pistola. Si así fuese, yo le creería a usted.

—Puedo ir a Tánger y llamar —dijo Simón I—. Antes de…

—No, no… Yo me encargaré de eso, Simón. Iré al hotel, recogeré algunas cosas, y llamaré por teléfono. Será más rápido y menos comprometido, si llamo a cierto número que yo sé. ¿Quiere que le traiga algo del hotel, Sergei?

—¿Me va a dejar aquí?

—Y todavía atado y bien custodiado, querido colega. Bien… ¿Le traigo algo?

—Encontrará una billetera de piel dentro del colchón de la cama que no utilizo de mi habitación —mascculló el ruso—. Mucho le agradecería que me la trajese. Sólo eso.

—Será complacido. No se lo tome así, quizá podamos llegar a ser casi buenos amigos. De sus palabras depende todo. Porque le advierto que si no compruebo que Simón murió con su pistola, volveríamos a empezar… Y de otro modo, ¿me comprende?

—He oído hablar de usted —musitó Savoritchenko—. Supongo que si algo no le gusta sobre mí sabrá demostrarlo cumplidamente.

—Puede estar seguro. Sin embargo, como por el momento

nuestras relaciones están… en suspenso, y casi creo completamente su buena disposición para evitar contratiempos a Estados Unidos…

—Y a Rusia —sonrió desganadamente Savoritchenko.

—Cierto —sonrió también Brigitte—, y a Rusia. Ya que si alguno de esos sabotajes se realizara, y nosotros pudiéramos conseguir los planes trazados por Rusia, no creeríamos que habían sido robados, y que ustedes no tenían nada que ver con ello. Eso crearía una enorme serie de dificultades, que agravarían mucho la ya complicada situación mundial.

—No se puede decir que él sea completamente desinteresado, ¿verdad? —masculló Simón II.

—No —admitió Brigitte—. Pero, sea como sea, Simón, las circunstancias nos obligan a colaborar con la MVD, y admitir que, a su manera y aunque por propia conveniencia, nos están beneficiando… Al menos, lo intentan. Suéltenlo.

Los dos agentes de la CIA quedaron estupefactos.

—¿Cómo? —Gruñó Simón I, por fin.

—Que lo suelten. No perdamos la cortesía. El señor Savoritchenko se ha ganado un alto el fuego, cierta comodidad, y hasta un trago de vodka… ¿O sigue sin quererlo, colega?

—Tomaré el vodka con mucho gusto —sonrió de nuevo Sergei—. Aunque me siento bastante aliviado, he llegado a tener la boca muy seca, Baby.

—Le creo. Usted sabe muy bien que su no cooperación en este interrogatorio le habría traído muy malas consecuencias. No soy de las que bromean cuando me han matado un compañero, Sergei.

—Algo de eso tengo entendido.

—¿De veras le soltamos? —farfulló Simón I.

—De veras.

Con clarísima mala gana, Simón desató a Savoritchenko, que se frotó las muñecas y los tobillos. Brigitte empujó hacia él la botella y el vaso de vodka, y el ruso se sirvió una generosa cantidad, que bebió de un trago. Chascó la lengua, satisfecho.

—Supongo que esto no lo creerán cuando lo cuente en Moscú.

—Todavía no lo ha contado —murmuró Baby—. Por el momento, dejaremos las cosas así, Sergei. Naturalmente, no le vamos a devolver aún su pistola ni la radio de bolsillo…

—Deberían devolverme la radio —sugirió Savoritchenko—. Si mis compañeros me llaman para darme noticias sobre el paradero de los traidores que estamos buscando, se alarmarán al no recibir respuesta… Y es muy posible que lo echasen todo a rodar.

—Oiga —masculló Simón II—, si usted piensa…

—Le devolveremos la radio —cortó Brigitte—. Él tiene razón, Simón. Lo que menos interesa en estos momentos es alarmar a nadie.

Quiero que eso quede bien claro —sacó la radio del ruso de un maletín y se la entregó—. Cuidado con lo que habla por esa radio, Sergei, porque mi compañero habla el ruso tan bien como usted y yo.

—Estoy jugando limpio —protestó Savoritchenko.

—Mejor. Llévenlo a un dormitorio, arriba. Lo atan con mucha suavidad, sólo por los pies, a una cama, y permanezcan con él hasta que yo regrese, vigilándole, por turnos, ya que uno de ustedes deberá estar en todo momento atendiendo la radio de Muley Hassim, por si hubiera cualquier clase de noticias. Por lo demás, les ruego que sean considerados con nuestro colega.

—Me parecen demasiadas consideraciones —dijo Simón I—. Al fin y al cabo, lo más probable es que fuese él quien mató a nuestro compañero, y que nos esté tomando el pelo.

Brigitte Montfort, alias Baby, sonrió inexpresivamente.

—Será mejor para él que lo que nos ha contado sea cierto… Llévenlo arriba. Mordecai.

El marroquí se acercó, mientras los dos agentes se llevaban del salón tapizado a Sergei Savoritchenko.

—Diga usted —musitó.

—Registre bien el cochecito del ruso. Asegúrese de que lo mira todo bien… ¿Recuerda el número exacto de esa casa vieja de la calle Hasnona donde mataron a Simón?

—Sí, señorita.

Brigitte sacó un mapa de la ciudad de Tánger, y lo extendió sobre la mesa, junto a la botella y el vaso de vodka.

—Señáleme la situación de esa calle, y anóteme el número. Y vaya en seguida a registrar ese coche. Le espero aquí.

Mordecai obedeció punto por punto. Cuando regresó al salón, la espía estaba fumando, muy pensativa. Alzó la cabeza, le miró y sonrió amistosamente.

—¿Algo interesante? —preguntó.

—Vea usted misma.

El marroquí depositó sobre la mesita lo que había encontrado en el coche de Savoritchenko: guantes, cigarrillos marroquíes, documentación del coche, una pequeña linterna, un destornillador suelto, un estuche con pequeñas herramientas de emergencia, un plano de Tánger… Nada que valiese la pena, evidentemente.

—En cuanto al coche mismo —murmuró Brigitte, mirando la documentación—, es alquilado, en Ceuta. Bien… Eso es todo. Póngase a disposición de mis amigos, Mordecai.

—Hay algo que quiero decirle —murmuró éste.

—¿Sí? —Le miró interesada la espía.

—Yo debería atender la radio de Muley, señorita. Si alguno de mis amigos llama, y no le contestan en árabe, cortará la llamada.

—Entiendo… Y es muy razonable. ¿Cuántos de ellos disponen de radio de bolsillo?

—Seis. Pueden llamar en cualquier momento, si es que llegan a saber algo interesante. Están desconcertados, pero algo harán, espero. De todos modos, están también asustados, así que, después de la desaparición de Muley Hassim, es posible que no quieran saber nada del asunto si no les hablo yo. Eso les tranquilizaría.

—Sí, sí, de acuerdo. Dígaselo así a Simón y, por tanto, que los dos se queden vigilando al ruso. Yo espero estar de vuelta —miró su relojito— entre la una y las dos de la madrugada. Mucho cuidado. Y no tengan contemplaciones con nadie si las cosas se ponen feas. Hasta luego.

## Capítulo V

Brigitte regresó a la villa de Muley Hassim exactamente a las dos menos veinte minutos de la madrugada. Desde la ventana tras la cual estaba vigilando, Simón la vio llegar en el coche, se convenció de que era ella, y fue a abrir la puerta.

—¿Alguna novedad? —preguntó Baby.

—No. En ningún sentido. ¿Ha encontrado usted algo interesante?

—Interesantísimo, Simón. Vamos a ver a Savoritchenko.

Cuando entraron en el dormitorio, Simón II se guardó la pistola y se relajó en la silla. Savoritchenko estaba en la cama, con los pies atados a ella, tal como había ordenado Brigitte. El agente ruso la miró, sonrió y saludó con una mano.

—¿Ha resuelto algún problema? —se interesó amablemente.

—Por el momento, no —sonrió Brigitte, sentándose en un lado de la cama—. He estado en esa vieja casa y, efectivamente, es muy posible que las cosas sucedieran como usted ha dicho, Sergei. No representa ninguna dificultad escapar de allí por varios sitios diferentes al portal que da a la calle. De modo que, mientras no se demuestre lo contrario, vamos a acusar a su traidor Igor Tochenko del asesinato de mi compañero.

—Gracias. ¿Ha traído mi billetera?

—Desde luego —Brigitte la sacó del maletín y se la entregó.

—No me diga que no la ha examinado.

—¿Usted qué cree? —sonrió ella.

—Sería absurdo no haberlo hecho. El dinero inglés, así como mi pasaporte falso de esa nacionalidad, es por si las cosas se pusieran feas en Marruecos para Manuel Ortega, ¿comprende?

—De esas cosas no tengo nada que aprender, Sergei. Vamos a lo que interesa.

—Sí —Savoritchenko sacó tres pequeñas fotografías del doble

fondo, y se las tendió—. Me imagino que las ha visto ya.

—Claro. ¿Son los tres traidores?

—Sí. Este es Igor Tochenko. Este es Vladimir Ovanikof, y este Georgi Vlady. Espero que esté ya convencida de que sí estoy colaborando sinceramente, Baby. Sin estas fotografías, no les sería fácil encontrarlos.

—Evidentemente.

—Mis amigos y yo hicimos algunas copias de ellas, para que nuestros colaboradores de aquí puedan buscar con cierta comodidad a los traidores. Pero ocurre que nuestros colaboradores marroquíes no abundan en Tánger, pues hemos tenido que desplazar muchos a Argelia, Libia y Egipto…

—Igual que nosotros —sonrió Brigitte—. ¿Le parece bien que yo obtenga también unas cuantas copias y las distribuya entre los colaboradores de la CIA, para que los busquen… con cierta comodidad?

—No se me había ocurrido —sonrió Savoritchenko.

Simón I soltó un bufido.

—Al demonio —masculló—. Usted nos está utilizando, soviético. ¡Naturalmente que quiso que Baby tuviera estas fotos para obtener copias! Así, la CIA les ayuda a ustedes a encontrar a los traidores.

—No me negará que la idea es buena, yanqui —sonrió Sergei.

Simón soltó otro bufido y encendió un cigarrillo. Brigitte rió quedamente y guardó las fotografías en el maletín.

—La astucia rusa es admirable. Pero, como esta vez nos va muy bien, nada que oponer. Haremos esas copias y mañana empezarán a buscarlos en serio. ¿Ha tenido alguna llamada, Sergei?

—No.

—Bien… Entonces, va a llamar usted ahora. Dígales a sus amigos lo que sucede, que la CIA también va a buscar a los tres traidores, y que nada de violencias o juego sucio. Termine diciendo que si son ellos los que encuentran a los traidores, deberán notificárselo a usted antes de hacer nada. ¿Está claro?

—Muy claro. ¿Puedo hablar en ruso?

—Desde luego.

Savoritchenko efectuó la llamada con su radio de bolsillo. Punto por punto, obedeció las instrucciones de Brigitte, que iba asintiendo con movimientos aprobativos de cabeza. Por fin, miró interrogante a la espía, que le hizo un gesto para que cerrase la radio.

—De acuerdo, Sergei. Ahora, Simón, sería conveniente que uno de ustedes fuese a Tánger, a llevar estas fotografías a uno de nuestros colaboradores, para que obtenga copias y las distribuya entre los demás. ¿Va usted mismo?

—¿Qué más da?

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que da lo mismo, ya que esos colaboradores no nos conocen a nosotros. Solamente a Mordecai que es el enlace. Pero ya que él tiene que estar atendiendo la radio… Lo mejor sería que él los avisase, para que alguno nos espere en nuestra base en la ciudad. Ni a usted ni a mí nos conocen, pero confiarán en Mordecai. Acudirán.

—Está bien, haremos eso. Iremos…

—¿Por qué no se ocupan primero de Tochenko? —sugirió Sergei.

—¿De Tochenko? —se sorprendió Brigitte.

—Claro. Yo sé dónde está alojado. Creo que si lo vigilan la cosa se simplificará.

—¿Está bromeando? —refunfuñó Brigitte—. No creo que después de lo que sucedió, Tochenko continúe en el mismo sitio.

—Pues está equivocada. Yo sé que volvió allí, porque he seguido vigilándolo, por si se reunía con Ovanikof y Vlady.

—Ese Tochenko debe estar loco —murmuró Simón II.

—No —susurró Brigitte—. No, no… Sergei tiene razón: si el tal Tochenko acudió a una cita no significa que dijera dónde está alojado, de modo que, después de verse en peligro o creerlo así, debió regresar a su escondrijo… Eso tiene sentido.

—Le aseguro que él volvió allí —dijo Savoritchenko—. Después de lo que sucedió en la calle Hasnona, volví allá, y sé que regresó. Cuando usted me visitó en el hotel, yo iba simplemente a cenar algo y a buscar un jersey para volver y seguir vigilando la casa toda la noche.

—Bien… De modo que tenemos localizado a uno… Eso va a facilitar mucho las cosas. De todas maneras, Simón, voy a decirle a Mordecai que llame por la radio, para que uno de los colaboradores nos espere en la base de la ciudad. Vuelvo en seguida.

Regresó cinco minutos más tarde, satisfecha respecto al resultado de la gestión radiada de Mordecai.

—Asunto arreglado. Vamos a entregar las fotos, y luego haremos una visita a Igor Tochenko. Ojalá esté todavía allí.

Sergei Savoritchenko se quedó mirándola sobresaltado.

—¿Una visita? —exclamó por fin—. ¡Eso es una estupidez!

—¿Por qué? —Frunció el ceño Baby.

—¡Si los demás se enteran de que Tochenko está localizado, levantarán el vuelo! ¡Él debe tener algún medio para comunicarse con ellos, naturalmente!

—No le daremos tiempo.

—Es arriesgar demasiado… ¡Tenemos que esperar a que se reúnan, para poder atraparlos a los tres! Si Tochenko da la voz de alarma, vamos a estropearlo todo.

—Tochenko no dará la voz de alarma, Savoritchenko. Lo que sí hará, yo se lo garantizo, es decirnos dónde están los otros dos. Y

sabido esto, tendremos ese portafolios.

El ruso movió negativamente la cabeza.

—Saldrá mal —aseguró—. Saldrá mal, lo sé. Y si usted insiste en su proyecto de visitar a Tochenko, le advierto que yo declino toda responsabilidad respecto al fracaso de la recuperación de esos proyectos de sabotaje.

—¿Por qué ha de salir mal? Sólo tengo que atrapar a Tochenko, y le aseguro que él me dirá todo lo que yo quiera.

—Usted no le conoce… Aunque le mate, no le dirá nada. Es mejor esperar… Pienso que, al querer enfrentarse a Tochenko, usted se está dejando llevar más por sus deseos de vengar la muerte de su compañero que por finalizar adecuadamente este trabajo. Y de una cosa puede estar segura: si usted le dice que es de la CIA, Tochenko ya no querrá oír nada más.

—Tendrá que oírme hasta que yo quiera. Dígame dónde está.

—Es una locura…

—Quiero saber dónde está, Sergei. O eso, o nuestro pacto queda roto automáticamente.

—Pero es una insensatez querer hablar con él…

—Acepto la declinación de su responsabilidad —dijo secamente Baby—. ¿Dónde está Igor Tochenko?

Sergei suspiró profundamente.

—Allá usted: 22, Rue Muleim… Cerca de la Kasbah. Pero no le será fácil encontrar esa calle, así que puedo ir con usted para…

—No se moleste —cortó sarcásticamente Simón I—, conozco Tánger como la palma de mi mano. Yo iré con Baby.

—Lo van a estropear todo.

—Le demostraré lo contrario. Vámonos. ¡Ah!, Simón —se dirigió al otro—, si Sergei quiere algo, proporcióneselo. Incluso vodka. Se lo está ganando… aunque sea a regañadientes.

—Está bien. Tengan cuidado.

—Quede tranquilo, volveremos.

Salieron del dormitorio. Poco después, Sergei y Simón oían el rumor del motor del coche, alejándose. Simón se apartaba segundos después de la ventana, mirando con expresión inquieta a Savoritchenko.

—No es tan lista como dicen, ¿verdad? —Gruñó—. Va a estropearlo todo si no hacemos algo.

—Tranquilo —sonrió Sergei Savoritchenko—. Estoy seguro de que él me ha entendido. Lo siento por Tochenko.

Igor Tochenko despertó de pronto, sobresaltado. Abrió los ojos, quiso incorporarse en el lecho… y una mano le empujó, impidiéndoselo. Al mismo tiempo, notaba en la garganta la

inconfundible presión fría del cañón de una pistola.

—¿Habla francés? —preguntó una voz femenina, en este idioma.

—¿Qué…?

—¿Habla francés?

—Un… un poco…

—De acuerdo. Va a quedarse quieto en la cama… Completamente quieto, Tochenko. ¿Lo entiende?

—Sí…

—La luz, Simón.

La mujer se apartó de la cama y, al mismo tiempo, se encendía la luz del dormitorio. Igor Tochenko parpadeó, se protegió los ojos con una mano, y sólo pocos segundos más tarde pudo enfrentarse a la claridad. Entonces, vio a Simón, junto a la puerta. Tochenko palideció intensamente y su mirada se desvió hacia la mujer, que lo contemplaba con una expresión escalofriante.

—Creo que usted tiene algo que está dispuesto a vender, Tochenko —siguió, siempre en francés—. ¿Cuál es el precio?

—No… no tengo nada… para vender…

—¿No? En ese caso, quizá lo tengan sus dos compañeros de traición y huida, los camaradas Vladimir y Georgi… ¿Dónde están ellos?

—No sé de qué me habla… Ni me llamo Tochenko… ¿Quién es usted?

—Una espía que puede pagar muy bien cierto portafolios. ¿Me dice el precio?

Tochenko se pasó la lengua por los labios y miró de nuevo a Simón, que tenía la pistola en la mano y lo miraba siniestramente… Por fin, movió la cabeza en sentido negativo.

—No tengo ningún portafolios.

Baby no se inmutó. Con la pistolita, señaló a su alrededor todo el mugriento dormitorio.

—Tochenko, está usted en una casa asquerosa, cerca de la Kasbah, cerca del mar, con ratas y podredumbre. Imagino que algún antiguo amigo de aquí se la ha proporcionado, y es digno de agradecer tan buen escondrijo… Sí; como escondrijo está bien… Pero no como tumba. ¿Me comprende? Como tumba resulta demasiado sucia. Vamos a hacer el negocio, y luego hablaremos de otras cosas… Al fin y al cabo, usted está soportando todo esto para realizar el negocio. ¿Cuál es su petición inicial por ese portafolios? ¿Cinco millones de dólares americanos?

—No tengo nada para vender.

—Sea razonable, ya que yo estoy intentando serlo… ¿Seis millones?

—No.

—Escuche, no abuse demasiado de mi amabilidad… Seis millones es un buen precio. ¿Tiene a mano la radio?

—¿Qué radio?

—La que utiliza para comunicarse con Ovanikof y Vlady. Llámelos, dígales que una espía francesa les está ofreciendo siete millones de dólares por el portafolios… con su contenido, claro.

—Usted no es francesa.

—¿No? ¿Cuál le parece que es mi nacionalidad?

—Rusa.

—¡Oh!… Entiendo. Usted cree que nosotros somos rusos, que le estamos engañando, ¿no es así? Le aseguro que no. Sólo queremos el portafolios, y le estoy ofreciendo un buen precio. ¿No le parece bueno, quizá? ¿Acaso espera conseguir más?

Igor Tochenko no contestó. Miró de nuevo a Simón, a Baby, a Simón… Sus labios se apretaron con el característico gesto de quien no piensa ni siquiera en continuar la conversación. Y así lo entendió Baby, que frunció el ceño. Por un instante, pensó en la conveniencia de presentarse como agente de la CIA, pero desechó la idea. Si Tochenko había matado ya a un agente de la CIA, aún tendría más motivos para permanecer en silencio ante otro representante de este organismo de espionaje.

—Quizá tenga escondido aquí el portafolios —dijo Simón, en inglés.

—Lo dudo —murmuró Brigitte—. Pero no perdemos nada intentando encontrarlo. No le quité ojo, Simón.

Volvió a mirar a Tochenko, que miraba de uno a otra, con expresión casi despavorida. ¿Quizá al haberlos oído hablar en inglés…? Brigitte volvió a mirar a su alrededor. En verdad, poco había que mirar allí. Ni siquiera había armario. Solamente la cama, un par de sillas, una mesa llena de polvo… El resto de la casa aún estaba en peores condiciones pues incluso se oía el rumor de ratas en la habitación vecina y en el pasillo; el dormitorio era el único lugar habitable, y eso hasta cierto punto, ya que las paredes estaban agrietadas…

—¡Cuidado! —gritó Simón.

¡Plop, plop, plop!

Brigitte había saltado hacia un lado, volviéndose como una centella hacia la cama, apuntando su pistolita, mientras los tres disparos con silenciador se oían nítidamente en el dormitorio en ruinas…

En seguida vio a Tochenko con la cara y el cuello lleno de sangre, tendido cara al techo, con los ojos desorbitados por el espanto. Ante la puerta, todavía encogido y como a punto de seguir disparando, Simón, crispadas las facciones, adelantada la pistola, de la que brotaba un

delgado hilo de humo… Brigitte se acercó rápidamente a Tochenko, y un solo vistazo le bastó para comprender que estaba muerto. Volvió la cabeza hacia Simón, que permanecía en la misma actitud, como petrificado.

—¿Está loco? —espetó agriamente Baby—. ¡Era nuestra única pista por ahora, y le ha matado!

Simón se enderezó, lentamente.

—El… él iba a disparar contra usted…

—¿Disparar contra mí? ¿Con qué? ¿Con el dedo?

—Le… le vi… volverse, como para meter la mano bajo la almohada, y…

Brigitte alzó la almohada mugrienta, mostrando el espacio vacío. No había allí ningún arma. Cuando volvió a mirar a Simón, éste se hallaba a su lado, crispado el rostro. Se mordió los labios, captó la mirada de la espía más astuta del mundo, y bajó la cabeza.

—Lo siento —musitó—. Es la primera vez que cometo una idiotez tan grande, Baby. Si pudiera…

—¿Resucitarlo? —murmuró Brigitte.

—Me parece que lo he estropeado todo…

—Está bien, Simón… No se culpe demasiado. Creo que yo hubiera hecho lo mismo. Supongo que no le gustó la idea de que un tipo así pudiera terminar con Baby.

—Usted está intentando suavizar mi error, lo sé… Pero es que él se movió, me pareció que quería coger su pistola…

—Vamos a dar por terminado este asunto. Al fin y al cabo, era solamente un traidor.

—Savoritchenko se pondrá furioso cuando lo sepa. Me parece que he complicado mucho su trabajo, Baby.

—Sí —admitió ella; quedó pensativa unos segundos—. Pero no le diremos a Savoritchenko lo sucedido. Ni siquiera a nuestro compañero. Les diremos que Igor Tochenko ya no estaba aquí… ¿De acuerdo?

—Usted no tiene por qué cargar con la responsabilidad de esto. La culpa…

—Vamos, vamos —sonrió ella—. Olvídelo. Usted sabe muy bien que yo haría cualquier cosa por mis queridos Simones. En el fondo, lo único que me disgusta es que lo haya matado usted, en lugar de hacerlo yo; prometí sobre dos docenas de rosas que vengaría personalmente a nuestro compañero.

—Maldita sea mi estampa…

—Tranquilícese —rió ella; le dio un besito en la barbilla—. Aquí no ha pasado nada. Sin embargo, no vamos a marcharnos todavía. ¿Qué tal si a pesar de las ratas dedicamos media hora a buscar ese portafolios? Con un poco de suerte…

No hubo la menor suerte.

Media hora más tarde, solamente habían encontrado polvo, ratas y crías de ratas. Y telarañas por todas partes. En las ropas de Igor Tochenko encontraron una pistola con silenciador, radio de bolsillo, dinero marroquí, tabaco, cerillas y documentación francesa. Al parecer, tanto Tochenko como sus dos compañeros de traición, habían preparado aquella fuga de Rusia con el portafolios con tiempo suficiente, sin olvidar detalles. Lástima que, evidentemente, la MVD se había dado cuenta cuando aún estaban cruzando Europa.

—Habría sido demasiada suerte —comentó Simón, malhumorado.

—Yo siempre tengo suerte —sonrió Brigitte—. Pero no abusemos de ella; me disgustaría mucho que una rata me mordiese. ¿Nos vamos?

—Seguramente, se darán un banquete con Tochenko.

—Que les aproveche. Aunque quizá se les indigeste… Los traidores no son buenos ni para las ratas. Vamos a la base.

La «base» estaba situada en un pequeño taller de reparaciones mecánicas cuyo propietario, según rezaba en la puerta, era francés. Y el taller estaba en una calleja por detrás de la Rue Moussa, detrás mismo de la manzana de edificios que daban por el otro lado a la Place Paul Alberge. Tuvieron que dejar el coche medio subido a una de las estrechas aceras, y, para cuando se apearon, un hombre apareció en la solitaria y oscura calle, separándose del lóbrego portal del taller de reparaciones. Vestía chilaba, babuchas y se cubría con un *fez*. Una barbita alargaba su rostro de ojos hundidos, centelleantes en la semioscuridad.

Tendía la mano con impaciencia, mascullando en árabe, y sólo una palabra fue inteligible para Brigitte: dirhan.

—Está bien, amigo —se impacientó—. No vamos a darle ninguna limosna; venimos de parte de Mordecai.

El marroquí quedó silencioso, mirando atentamente de uno a otro. Su rostro no era precisamente tranquilizador.

—Él nunca nos había citado aquí —dijo, en buen francés.

—¿Dónde, entonces?

—En otros sitios.

—De acuerdo, pero están ocurriendo muchas cosas, yo no conozco Tánger demasiado bien, y supongo que ha querido simplificar mis movimientos. ¿Qué tiene de malo este lugar?

—Que nunca hemos venido aquí a charlar.

Brigitte asintió con la cabeza. Comprendía ahora que aquel hombre, como los demás colaboradores de Mordecai a las órdenes de la CIA, no tenían la menor idea de que allí, en aquel taller, estaba la emisora y demás instalaciones de la CIA en Tánger. Mejor. Y no sería ella quien revelase esos detalles.

—Está bien, lo tendré en cuenta la próxima vez. ¿Cómo se llama usted?

—Abdel.

—Muy bien, Abdel. Voy a entregarle las fotografías de tres hombres y usted se encargará, cuanto antes, de conseguir unas cuantas docenas de copias. Las distribuirá entre sus compañeros, y se dedicarán, con todos los efectivos, a buscar a esos hombres. ¿Lo ha entendido?

Abdel miró a Simón fugazmente, antes de murmurar.

—Queremos ver a Mordecai.

—Lo verán cuando deje de estar ocupado. ¿Qué le pasa a usted? ¿No quiere ganar treinta mil dólares?

El marroquí quedó petrificado.

—¿Treinta mil… dólares? —masculló.

—Eso he dicho. Diez mil por cada uno de estos hombres. No me importa cómo haga usted luego el reparto, Abdel. Sólo tiene que hacer lo que le he dicho, encontrar a esos hombres, y llamar por la radio a Mordecai… O quizá sea yo mismo quien le conteste la llamada. Cuando encuentren a alguno de ellos, pasan el aviso. Sólo eso. ¿Lo entiende?

—Nunca nos habían pagado tanto… Haremos lo que usted dice. Pero si los encontramos, nosotros querremos ver a Mordecai. A ustedes no les conozco.

—Cuando llegue el momento, Mordecai vendrá conmigo, y podrá tranquilizarse. ¿Está bien así?

El marroquí vaciló visiblemente.

—Está bien —murmuró al fin.

Metió las fotografías entre los pliegues de su chilaba, y segundos después había desaparecido entre las sombras. Simón señaló hacia el portal.

—¿Entramos?

—¿Para qué? Ya hemos visto al enlace… No creo que entrar ahí nos sirva de nada. Ya avisé por teléfono desde el hotel que esta emisora quedaba neutralizada, por el momento, y que sólo utilizaríamos las locales, o sea, las nuestras de bolsillo, y la más potente de Muley Hassim. Volvamos.

Entraron en el coche, y Simón puso el motor en marcha, pensativo.

—Ya que ha mencionado el teléfono… ¿Le dijeron de Washington que la pistola que mató a… Simón era la suya propia, la que salió para allá con el cadáver?

—Sí. Ya habían comprobado eso. ¿Cree que de no ser así, el camarada Savoritchenko estaría todavía vivo?

—Entiendo —sonrió Simón—. Demonios, usted tiene muchos

recursos que los demás no podemos utilizar, Baby… Me refiero a ese número de Washington. Una llamada por teléfono, una conversación en una bonita clave, y asunto solucionado. Sin emisoras, sin riesgos de ser interceptados… ¿No podría yo saber ese número?

Brigitte volvió la cabeza hacia él, parpadeando simpáticamente.

—Quizá se lo diga cuando esto termine, Simón.

—Bueno… Esperaré. No tengo prisa, pero, demonios, me pregunto por qué a los demás no nos dan las mismas facilidades que a usted.

—Porque son más feos —rió Brigitte.

## Capítulo VI

No me gusta esto —dijo Sergei Savoritchenko—. Si Tochenko se ha marchado de allí, quizá signifique que se ha dado cuenta de que lo estábamos vigilando. Pero me sorprende… Cuando yo fui al hotel, lo dejé en esa casa, tranquilo al parecer…

—Es muy posible que él se hubiera dado cuenta de que usted lo estaba vigilando, Sergei. Y debió aprovechar su escapada al hotel para cambiar de… residencia.

—Lo cual significa que lo hemos perdido completamente… ¿Y sabe de quién es la culpa? —preguntó agriamente Sergei.

—Por supuesto —sonrió Brigitte—: mía, por haberlo traído a usted aquí en lugar de dejarlo seguir tranquilamente con su vigilancia en Tánger.

—Exactamente.

—Bueno, tomemos las cosas con calma. Usted avisó a sus amigos del asunto, así que ellos, y los árabes que trabajan para ustedes, están buscando a los tres traidores. Nuestros colaboradores lo están haciendo también, de modo que son muchos ya, y todos conocen bien Tánger y sus recovecos. Los encontrarán. Sólo tenemos que esperar.

—¿Y luego?

—¿Luego? ¿A qué se refiere?

—¿Qué pasará si los encuentran?

—Nos avisarán, y organizaremos una redada perfecta… ¿Qué otra cosa? —se sorprendió Brigitte.

—Eso ya lo sé. Me refiero al contenido del portafolios… ¿Se lo quedará usted? ¿O yo?

—¡Oh!… Bueno, creo que debería quedármelo yo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque ustedes ya tienen copias de esos planes de sabotaje, según me dijo. En cambio, nosotros, no tenemos ninguna copia.

—Usted se está burlando de mí —gruñó Savoritchenko—. En definitiva, está resultando que todas las ventajas van a ser para la CIA

Cierto que a nosotros nos evitarían un compromiso impidiendo que ese portafolios caiga en otras manos, pero no es menos cierto que ustedes van a salir mucho más beneficiados.

—¿Por qué negarlo? El conocimiento de esos planes de sabotaje, nos permitirá tomar las medidas necesarias para dejarlos inservibles, Sergei. Jamás podrán ser ya utilizados por ustedes. Pero admitirá que es mejor eso a permitir que gente… desconocida utilice esos planes rusos y nosotros llegásemos a enterarnos de la procedencia de tales planes.

—Ya se han enterado —gruñó Sergei.

—Sí. Pero no podremos culpar a la MVD o a Rusia por el destino o uso que tres traidores rusos den a esos proyectos.

—Que quede esto bien claro —aprobó Savoritchenko—. Si no recuperamos esos proyectos, Rusia no será culpable de lo que otras gentes hagan con ellos en Estados Unidos.

—No se preocupe —sonrió gélidamente Baby—. Yo me encargaré de que la información en ese sentido llegue a mi Gobierno. Bien, creo que por hoy hemos tenido suficiente actividad. Son las cinco y diez minutos de la madrugada, caballeros. ¿Qué tal si descansamos todos un poco?

—¿Aquí? —Respingó Sergei.

—Por supuesto. De momento, parece que este es un lugar seguro… a pesar de la desaparición de Muley Hassim y los suyos.

—Pero usted y yo tendríamos que volver al hotel…

—Avisé de que estábamos invitados un par de días con unos amigos —sonrió de nuevo Baby—. No se preocupe. A mí nunca se me escapan los pequeños detalles, camarada.

—Sí —sonrió el ruso—. Ya veo que es usted muy lista. ¡Oh!, gracias por permitir que me diesen más vodka.

—Espero que también le diesen algo de cenar —casi rió la espía —. Iré a ver a Mordecai, para darle las últimas instrucciones. Ah, Sergei, una cosa: lamentándolo mucho, tendrá que dormir atado a la cama. Y pondremos vasos y cacerolas en las cuerdas, de modo que si intentase soltarse, mis compañeros y yo nos despertaríamos. ¿Comprende?

—Creí que no me consideraba un prisionero, sino un colaborador…

—Así es. Pero ya le he dicho que yo nunca paso por alto los pequeños detalles. Hasta mañana.

Fue a donde estaba Mordecai ante la radio, en otro cuarto, y le sonrió cuando el marroquí volvió la cabeza.

—¿Algo nuevo, Mordecai?

—Nada.

—Supongo que está cansado, pero sus amigos son muy cabezotas.

Sólo quieren hablar con usted. Tendrá que permanecer en todo momento ante la radio… Pero puede ir dando unas cabezadas.

—Así lo haré.

—Sobre todo, no se aparte de la radio. En cualquier momento puede llegar la llamada que nos interesa. Si supiéramos seguro que esos tres hombres están en Tánger, los demás también estaríamos a la escucha con nuestras radios de bolsillo, pero si llaman desde muy lejos, no captaríamos la onda.

—Sí, lo entiendo. No me moveré de aquí.

—Gracias. ¿Ha estado aquí toda la noche…?

—Sí.

—¿Sin moverse para nada?

—Absolutamente para nada —sonrió Mordecai—. Soy de los que quieren hacer bien su trabajo, señorita.

—Sí —sonrió dulcemente Brigitte—. Sí, eso parece. Buenas noches, Mordecai… O casi buenos días, ¿verdad?

Salió del cuarto, buscó otro pequeño para ella, y se acercó a la cama. La tocó y sonrió fríamente al encontrarla maravillosamente mullida. Demasiado, para su gusto, pero, en fin… Cerró la puerta, acercó una silla, y la dejó casi tocando la madera. Luego, colocó en el borde de la silla un jarrón, tras quitar las marchitas flores. Quedó en tan precario equilibrio que bastaría tocar la silla con un dedo para que el jarrón cayese al suelo… Con más motivo caería si alguien abría aquella puerta.

Regresó a la cama, abrió el maletín y sacó de él un frasco de lavanda. Desenroscó el fondo doble, y sacó dos de las cuatro capsulitas de cristal que contenían gas. Las dejó en el montante de la cama, sujetas con una corta tira de esparadrapo color carne. Luego, se metió la pistolita en el escote, se tendió vestida sobre la cama… y se quedó dormida en un santiamén.

Hacia las siete de la tarde siguiente, Mordecai apareció en el salón, excitadísimo.

—¡Los han encontrado! —exclamó.

Sergei Savoritchenko se puso en pie de un salto, sobresaltando a Simón I, que sacó la pistola de un rápido tirón.

—¿A los tres? —Casi gritó.

—Sólo a dos, dicen. ¡Pero si tienen a dos, el tercero no puede estar muy lejos…!

—Cálmense todos —dijo Brigitte—. Simón, guarde la pistola, por favor. Y usted, Sergei, no se ponga nervioso. Eso no encaja con nuestra profesión. O por lo menos, no encaja en agentes de nuestra… categoría, me parece a mí. ¿De acuerdo?

Simón refunfuñó algo y guardó la pistola. Savoritchenko se volvió

a sentar, lentamente.

—Eso es —sonrió Brigitte—. Muy bien, Mordecai. ¿Dónde están los hombres que hemos estado buscando?

El gesto del marroquí se nubló de pronto.

—No me lo han dicho.

—¿Cómo? —Se pasmó Brigitte.

—Quieren que yo vaya allí.

—¿Allí? ¿Dónde es «allí»?

—Al final de la Avenida de España Prolongada.

—Bien… Abdel ya me advirtió que querían verle. Y la verdad, no se me ocurre ningún motivo por el que no debamos complacer a su amigo.

—¿Voy a tener que dejar sola la emisora?

—El asunto está prácticamente solucionado, si en verdad han encontrado a dos de los rusos. Por otra parte, si ya lo han citado en la Avenida de España, no creo que vuelvan a llamar. Es ya, por tanto, innecesario que usted permanezca ante la radio.

—Pero…

—Supongo que va a dejarme participar en esa cacería, Baby —susurró Savoritchenko.

La espía se volvió hacia él, sonriendo secamente.

—Supone mal, Sergei.

—Escuche, nuestro trato…

—Nuestro trato no incluye un comportamiento de pobre imbécil por mi parte. Y creo que usted puede comprender fácilmente mi actitud. El fondo de la cuestión, por parte de usted y sus compañeros, es evitar que ese portafolios caiga en manos que podrían utilizar los proyectos en cualquier momento, con graves compromisos para Rusia, quizá. Por mi parte y la de mis compañeros, consiste en evitar lo mismo, pero, además, no vamos a desdeñar la oportunidad de conocer cincuenta y dos proyectos rusos de sabotaje en Estados Unidos.

—Esto es una cochinada.

—No diga tonterías —frunció el ceño Brigitte—. Usted sabe muy bien que haría lo mismo en mi lugar. ¿Qué es lo que quiere usted…? Le hemos ayudado a encontrar a esos tres traidores, y posiblemente no tendremos más remedio que eliminarlos, ya que no se entregarán sin lucha… ¿Aún quiere recibir más servicio por parte de la CIA?

—Desde luego, es bastante caradura —rió Simón II.

Savoritchenko le dirigió una mirada asesina.

—Al menos, déjeme avisar a mis compañeros de que los de ustedes ya han localizado a los traidores. No hay razón para que sigan perdiendo el tiempo.

—No sea tan considerado… Al fin y al cabo, el tiempo es algo que nos sobra a todos, en estos momentos. Es decir, a todos menos a

Mordecai y a mí.

—¿Y nosotros? —preguntó Simón I.

—Se quedarán aquí, con el colega Savoritchenko. Y dadas las circunstancias, les ruego encarecidamente que no lo pierdan de vista… Lo mejor será que lo lleven de nuevo al dormitorio, arriba, y lo aten muy sólidamente, de pies y manos a la cama.

—¿No sería mejor que nosotros fuésemos con usted? —murmuró Simón II.

—Prefiero tenerlos de… reserva, por si ocurriese algo imprevisto y yo no pudiese conseguir ese portafolios. Simón conoce al tal Abdel, y, si Mordecai y yo sufriésemos algún contratiempo, podría buscarlo y orientar el asunto de otro modo, con tal de conseguir fuese como fuese el portafolios. ¿Alguna duda más?

—Bueno… ¿Qué hará usted una vez tenga el portafolios? ¿Ya no la volveremos a ver?

Brigitte alzó las cejas, asombrada.

—Por supuesto que sí, querido. Vendré aquí, para que Sergei examine los proyectos, no sea que sus compatriotas traidores se las hayan dado de listos haciendo algún cambio. Bien, lleven a Sergei arriba. ¡Ah!… y quítenle la radio de bolsillo; ya no la va a necesitar.

—Seguro que no —sonrió Simón I.

Se acercó a Savoritchenko, que le miró torvamente, aún sentado en el sillón. El agente de la CIA se inclinó, alargando con todo cuidado su mano izquierda hacia el bolsillo interior del ruso… que de pronto saltó violentamente contra Simón, golpeándole con la cabeza en plena barbilla.

Simón lanzó un grito mientras salía despedido hacia atrás, manoteando, hasta llegar a la mesita donde estaba la botella de vodka… La derribó, la botella cayó al suelo haciéndose añicos, pero nadie prestaba atención a estas minucias. Simón II había sacado rápidamente la pistola, pero Savoritchenko estaba ya lanzado y llegó a él con la potencia de una locomotora, llevándoselo por delante con un espantoso golpe de su hombro derecho, alzándole como si fuese de paja con tal fuerza que el yanqui dio una vuelta completa en el aire antes de caer de espaldas al suelo, perdiendo la pistola.

A trompicones, inclinado, como a punto de caer a cada paso forzado, Savoritchenko llegó hasta el arma, y su crispada mano se cernió sobre ella… Para entonces, la agente Baby había reaccionado sin el menor titubeo y estaba ya junto al ruso. Cuando éste tenía la mano apenas a una pulgada del arma, la espía la alejó con el pie y, en seguida, lanzó el otro hacia el vientre de Savoritchenko, por debajo, en un punterazo fantástico, que arrancó un alarido del pecho del ruso, como si fuese su último aliento.

Sin embargo, se enderezó, saltó contra Brigitte, y sus fortísimos

brazos la sujetaron por el torso, obligándola en el acto a dar la vuelta, y colocándola ante él como un escudo protector a las balas que pudieran disparar Simón I y Simón II, ambos lo bastante recuperados, y el segundo recogiendo ya su arma.

—¡Si disparan…! —empezó a gritar Savoritchenko.

Baby bajó de pronto el hombro izquierdo, escapando a la presa por aquel lado; subió inmediatamente su brazo derecho y la manita pareció clavarse en el de Sergei, mientras la izquierda asía la manga del mismo brazo. Simultáneamente, su rodilla izquierda se doblaba en el suelo, su pierna derecha se extendía hacia un lado y tiraba con los dos brazos hacia adelante y arriba girando a la derecha. La ejecución de la cuarta llave de hombro de judo fue impecable; Sergei Savoritchenko, pese a toda su envergadura, a toda su potencia física, salió despedido por encima del hombro de la más peligrosa espía del mundo.

Lanzó un grito mientras iba por el aire, cayó sobre el sillón, rebotó como una pelota, y se abalanzó hacia el petrificado Mordecai, que abrió la boca con un gesto de espanto al ver llegar aquel poderoso bólido camino de la puerta.

—¡No disp…! —empezó Brigitte.

¡Plop, plop, plop, plop…!

Simón I y Simón II estaban disparando ya contra Savoritchenko, el cual había tropezado antes de llegar a poner sus manos sobre el espantado Mordecai. Y mientras el ruso caía de bruces, las cuatro balas seguían su camino… Sólo que la meta no fue el agente ruso, sino el marroquí, que se estremeció y saltó a cada balazo, chillando la primera y la segunda vez… Luego, no pudo chillar, porque cuando llegaron la tercera y cuarta bala, Mordecai ya estaba muerto, caído trágicamente en el fondo del salón, a donde lo habían llevado las balas.

Todos quedaron inmóviles entonces.

Brigitte, pistola en mano ya, apuntando a Savoritchenko, que permanecía tendido de bruces, alzando solamente la cabeza. Los dos Simones, contemplando atónitos el cadáver de Mordecai, hasta que Simón II suspiró profundamente.

—Por Dios… Hemos… hemos…

—¿Están satisfechos? —preguntó fríamente Brigitte.

—¿Satis…? Pe-pero ha… ha sido… mala suerte…

—¿Qué clase de espías son ustedes? —masculló Baby, con clara irritación—. No se trataba de disparar; eso pude hacerlo yo desde el primer momento.

—Pero el ruso iba a… a escaparse…

—No habría escapado. Y debieron tener bien presente que lo necesitamos vivo, para que identifique los proyectos que contiene el

portafolios. Ocúpense de él. Llévenlo arriba y átenlo de tal modo que ni en mil años pueda soltarse. ¿Está claro?

Los dos Simones cambiaron una mirada de consternación. Asintieron con la cabeza y se acercaron a Savoritchenko. Simón I le lanzó un tremendo puntapié al costado y el ruso lanzó un grito, encogiéndose.

—Arriba, ruso —farfulló—. Y si vuelve a intentar algo no tiraremos a matar, pero será peor para usted. ¡Vamos, arriba!

Brigitte, que se había arrodillado junto a Mordecai, dejó de contemplar aquellos ojos oscuros, desorbitados por el espanto y la estupefacción. Fruncido el ceño, miró a sus compañeros, que vigilaban estrechamente a Savoritchenko, sin ayudarle a ponerse en pie. El ruso lo consiguió, al fin, lívido el rostro, sujetándose el costado como si quisiera impedir que el hígado se echase a volar. Empezó a caminar, con paso torpe, incierto, pero Simón II sonrió con hostil sarcasmo.

—Camine bien y déjese de tonterías ni trucos, Savoritchenko, o lo dejo cojo para siempre.

Sergei se irguió, y los tres hombres salieron del salón. Cinco minutos más tarde, regresaron los dos yanquis. Su expresión no podía ser más sombría.

—Está atado como un fardo —masculló Simón II—. ¡Maldita sea su estampa!

Se quedaron los dos mirando a Brigitte, que había ocupado uno de los sillones y fumaba sosegadamente.

—La reacción de Sergei Savoritchenko —musitó al fin— ha sido un tanto temeraria, pero absolutamente normal. No se le puede culpar de nada.

—Parece que la culpa ha sido nuestra —susurró Simón II—. No debimos perder el control.

—Este asunto nos tiene demasiado en tensión —farfulló Simón I —. También me pasó algo parecido con Tochenko.

—¿Con Tochenko? —Le miró vivamente Simón II.

—Le maté.

—¿Cómo? —exclamó Simón II, estupefacto.

—Me pareció que tenía una pistola bajo la almohada, y como Baby le volvía la espalda, y él se movió —explicó brevemente lo sucedido—. En fin, no se puede decir que nuestra actuación sea precisamente afortunada.

—Por el contrario —sonrió Baby—. Al menos, fue providencial en el asunto de Igor Tochenko, Simón.

—¿Qué dice?

—Veamos las cosas de este modo: efectivamente, los compañeros de fuga y traición de Igor Tochenko, esto es, Vladimir Ovanikof y Georgi Vlady, estaban en contacto con él por medio de la radio de

bolsillo. Mientras no hubo peligro directo, cada cual permaneció en su escondite, esperando… no sé qué cosa. Han podido vender ese portafolios cien veces desde que llegaron a Tánger… Sin embargo, los tres han permanecido escondidos, esperando algo. Pero, al llamar los otros dos y no recibir respuesta de Igor Tochenko, comprendieron que las cosas empezaban a ir mal. Quizá, incluso pudieron ver el cadáver de Tochenko en la casucha de la Rue Muleim… Quizá. De un modo u otro, se asustaron por el silencio de Tochenko, y la conclusión sólo podía ser una: algo le había ocurrido. Y precisamente eso es lo que los ha asustado, hasta el punto de movilizarse, buscando, según presumo, escapar a la mayor brevedad de Tánger. De donde se desprende, Simón, que usted estuvo… afortunado al disparar contra Igor Tochenko.

—Vaya… Es un consuelo saber eso. Sin embargo, no creo que surja otro imprevisto que pueda consolarme de Mordecai. Era un buen muchacho, llevaba bastante tiempo trabajando con nosotros… Y le hemos matado nosotros mismos. No… No creo que haya ningún consuelo.

—No se torture; ya no tiene remedio.

—Lo sé… Y está lo de la entrevista en el final de Avenida de España con el tal Abdel. Esta madrugada dijo que sólo querría hablar con Mordecai… Y nada de radios; quería verlo personalmente. Ya ha visto que ni siquiera le ha querido decir dónde están los dos rusos utilizando la radio… ¿Qué haremos ahora? Abdel no querrá decirnos a nosotros dónde están Ovanikof y Vlady.

—Tendré que convencerlo —musitó Brigitte—. Desde luego, la muerte de Mordecai es un grave contratiempo para la terminación de este asunto… Y lo malo es que ni siquiera tengo disponibles los treinta mil dólares que le prometí a Abdel. Había confiado en que, al ver a Mordecai, confiase en que a su debido tiempo se los pagaríamos. Si ahora, además de presentarnos sin Mordecai, me presento sin el dinero, calculo que incluso se reirá de mí.

—Podríamos convencerlo… de alguna manera —gruñó Simón II.

—¿Está bromeando? —replicó ásperamente Brigitte—. Abdel está trabajando para la CIA, Simón, y no se merece malos tratos. Por mi parte, comprendo muy bien su actitud; él siempre ha recibido las órdenes de ustedes por medio de Mordecai… ¿Por qué va a confiar ahora en el primer hombre o mujer que se le presente diciendo ser de la CIA? ¿Lo harían ustedes?

—No… Claro que no…

—Menos mal —suspiró Brigitte, intentando sonreír—. Bien, queridos, tenemos la información al alcance de la mano, lo cual es tanto como tener el portafolios, pues los dos rusos no se me escaparían a mí. Pero, sin Mordecai y sin los treinta mil dólares en efectivo —

movió las manitas—, ¡puf!, todo se convierte en una bola de humo. A menos que ustedes tengan algún medio de conseguir esa cantidad en una o dos horas… ¿Pueden hacerlo? Incluso convendría que fuesen cincuenta mil, para… deslumbrar a Abdel. A los árabes les encanta el dinero. ¿Pueden ustedes hacer algo?

Los dos Simones cambiaron una mirada.

—Bien —musitó Simón I—. No sé… Podría intentarlo, desde luego. Pero, caso de conseguir esa cantidad, no sería en dólares, sino en dirhans.

—No creo que Abdel les hiciese ascos a… —Hizo rápidamente el cálculo— doscientos cincuenta mil dirhans, más o menos.

—Conocemos a una persona en Tánger que quizá disponga de ese dinero en menos de dos horas. No lo aseguro, Baby.

—¿Perderemos algo intentándolo?

—No —sonrió Simón—. Nada.

—Pues vamos allá. Usted, Simón, se quedará aquí vigilando a Savoritchenko… Y quite el cadáver de Mordecai de en medio. ¿Se le ocurre algún sitio?

—Puedo enterrarlo en el jardín… provisionalmente.

—Espléndido. Es lamentable, pero no podemos dejar cadáveres en la casa de Muley Hassim. Por cierto, de cuando en cuando, haga una visita a la radio, por si hubiera noticias sobre Hassim. Nosotros —la espía señaló al otro Simón— nos iremos a Tánger ahora mismo Usted, en su coche. Yo iré en el de Savoritchenko, y me daré una vuelta por la Avenida de España, por si hubiera algo que no me gustase. Dentro de dos horas —miró su relojito—, haya conseguido el dinero o no, vaya usted a la Avenida de España y pasee por allí despacio. En un momento u otro, nos cruzaremos. Entonces, veremos lo que se puede hacer. ¿Comprendido?

—Desde luego.

—Pues manos a la obra.

—¿Qué pasa si los amigos de Savoritchenko le llaman por la radio? —preguntó Simón II.

—Sencillo: usted abre la radio y le dice al buen Sergei que conteste, en el sentido de que, por parte nuestra, no tenemos todavía ninguna información sobre el paradero del portafolios. En cambio, deje que sus compañeros viertan toda la información que hayan podido conseguir.

—Entiendo —sonrió Simón II—. ¿Y si Sergei se niega?

Baby sonrió gélidamente.

—Estoy segura de que usted sabrá exponerle las cosas de tal modo que él no se negaría, Simón.

—*Okay* —sonrió de nuevo Simón II—. Cuente con ello.

—Pues no hay más que hablar. ¿Nos vamos, Simón? Y sea rápido

en sus gestiones: si puede conseguir ese dinero para las ocho, no espere a las nueve.

## Capítulo VII

Los dos coches se cruzaron en la Avenida de España exactamente a las ocho y veintidós minutos. El más pequeño se detuvo, junto al bordillo, cerca de la valla que separaba la playa de la avenida. El otro dio la vuelta, se detuvo detrás, y Simón se apeó en el acto, llevando un grueso portafolios. Subió a la acera y entró en el pequeño vehículo con el portafolios por delante. Sentada ante el volante, Brigitte Montfort le miró con absoluta aprobación.

—Supongo que no lleva bocadillos en el portafolios, Simón —sonrió.

—No —sonrió también el espía—. Doscientos cincuenta mil dirhans.

—Magnífico.

—¿Ha visto a Abdel?

—De lejos. Y a tres marroquíes más que no me inspiran demasiada confianza.

—Iré con usted y ya verá…

—No, no, no. Al decir que no me inspiran confianza, me refería a su catadura. Pero, evidentemente, son amigos de Abdel, que están protegiendo su persona fielmente. Esto es, que son colaboradores nuestros. Y como Abdel me conoce, no habrá problema. Iré sola.

—Pero es una locura…

—¿Teme por mí? —rió la divina.

—Pues… Oh, bueno, es una tontería, ¿verdad? Una mujer como usted no es presa fácil. De todos modos…

—Agradezco su interés, Simón —ella le puso una manita en la que sostenía el portafolios—, pero no se preocupe. La agente Baby es un hueso tan duro de roer en todos los sentidos, que está loco quien crea que puede engañarla o vencerla.

—No es usted muy modesta —rió Simón.

—Admito eso. Pero es que, querido mío, las he pasado negras tantas veces, que ya no me asusta nada. Fíjese en esto: empecé a ser espía cuando tenía apenas dieciocho años. Hacía poca cosa, naturalmente, en aquellos tiempos, de modo que tuve la gran paciencia de esperar a considerarme preparada para ofrecer mi… candidatura a la CIA Y lo hice a mi modo —sonrió ante los recuerdos —. Estoy segura de que los señores de la Junta de Admisión lo pasaron muy bien[2]… Desde entonces aquí, he sido la agente de acción más eficaz con que ha contado jamás la CIA. Los rusos saben esto muy bien… Mejor que ustedes mismos, mis queridos Simones —soltó una

risita deliciosa—. Les he dado tantos dolores de cabeza, que últimamente subieron a quince millones de rublos el precio por mi cabeza.

—¡Fiuuu…! —Silbó Simón, sonriendo.

—Sin embargo, pierden el tiempo. ¿Ve usted esta linda cabecita sobre estos bonitos hombros?

—Claro —rió Simón.

—Pues seguirá estando aquí durante muchos, muchísimos años. Una bruja negra me auguró que tendría cuatro hermosísimos hijos, y como todavía no tengo ninguno, no pienso morirme. Llegaré a los noventa y tantos, quizá pase de los cien… Y tendré muchos nietos, bisnietos… y él también vivirá conmigo, años y años…

—¿Él? ¿Quién es él?

—Un Hombre. Bien… Aquí nos despedimos, por el momento. Vaya a apoyar a nuestro compañero. Y esté atento a la radio de bolsillo; en cuanto sepa algo concreto, les llamaré y les pondré al corriente.

—De acuerdo —Simón la miró fijamente—. Es usted una mujer extraordinaria, lo admito. Me gustaría… poder visitarla en Estados Unidos, cuando regrese allá. ¿No puedo saber su nombre y dirección, o cómo encontrarla…?

—Claro que sí, Simón; vaya a la Central y pida que me envíen su fotografía. Cuando yo la haya recibido, me pondré en contacto con usted. ¿Le gusta el champán con guindas?

—Tendrá que gustarme —rió Simón—. ¡Usted se escurre como una anguila en las manos, Baby! ¿Acaso no confía en mí?

Brigitte Montfort sonrió dulcemente.

—¿Quiere saber cuál es el secreto de mi éxito como espía, Simón?

—¡Desde luego! ¿Cuál es ese secreto?

—No confiar jamás en nadie. Por eso todavía no ha nacido el hombre que pueda conseguir mi cabeza.

—Bien… Espero que tarde mucho en nacer. Y tendré en cuenta sus lecciones de espionaje. No olvide llamarnos.

—Desde luego que no. *Ciao*, Simón.

—*Ciao*.

El agente de la CIA salió del cochecito, se metió en el suyo y se alejó. Brigitte esperó a que desapareciera el coche. Entonces, puso en marcha el suyo, le dio la vuelta en la avenida, y fue hacia el final de ésta. Pronto vio a dos de los tres amigos de Abdel… Vio al tercero… Finalmente, a Abdel. A su izquierda, la playa cercada por la blanca valla se veía negra, tenebrosa. Ciertamente, aquel no era un lugar alegre. Y cuando se apeó del coche, el viento llevó hasta ella la arena arremolinada, que más parecía polvo. No le gustaba Tánger… No le gustaba ni pizca.

—Hola, Abdel.

El marroquí, que parecía una sombra entre las sombras, movió sus centelleantes ojos.

—¿Y Mordecai? —susurró.

—No podrá venir. Según parece, él sabe obedecer mejor que usted las órdenes de la CIA, y como está haciendo precisamente eso, no vendrá. Ahora, escúcheme bien: tengo en este portafolios cincuenta mil dólares… Es decir, doscientos cincuenta mil dirhans. Dígame dónde están los dos hombres de las fotografías, y el dinero será suyo.

—Puedo quitárselo sin decírselo —brillaron en la oscuridad los dientes de Abdel.

—Dirá mejor que puede intentarlo —sonrió también Brigitte—. Lo cual es muy diferente, Abdel. No se confundan conmigo usted y sus tres amigos; no soy lo que parezco, o sea, una señorita indefensa. Será mejor que lo piense bien. Doscientos cincuenta mil dirhans… o nada.

—Quiero ver el dinero.

—¿Cómo no?

Tendió el portafolios a Abdel, que lo abrió, y lo colocó de cara a las luces de la Avenida de España. Poca luz, pero más que suficiente para un vistazo de aquella clase.

—¿Por qué me paga más de lo que ofreció?

—Porque así podrá quedarse una buena parte sin robar demasiado a sus compañeros que han estado trabajando en esto.

—Su lengua corta como cuchillo, señora.

—Cuando me lo propongo, sí. ¿Dónde están los dos hombres?

Abdel vaciló, mirando aquellos ojos que brillaban más que los suyos, fijos en él, de un modo directo, inquietante. Al marroquí le resultó casi humillante que aquella mujer no les tenía el menor miedo a él y a sus amigos.

—Están escondidos detrás del Café Espartel, en el Cabo. Han alquilado una barca de pesca y sabemos que piensan partir esta noche, hacia las doce, con rumbo a España.

—¿Desde Cabo Espartel?

—Sí.

—Mentira absurda, Abdel. Allí está el faro. Los verían inmediatamente.

—¿Y qué? Ellos irán vestidos como pescadores marroquíes, y, a todos los efectos, serán eso: pescadores. Lo tienen todo preparado. El pesquero pasará cerca de la playa, a la izquierda del faro, y ellos llegarán a nado. Se pondrán ropas secas marroquíes y el pesquero se adentrará en el mar. Llegarán antes del amanecer muy cerca de la Bahía de Algeciras, y allá, volverán a saltar al agua, para llegar a nado a España.

—Es una información completa y perfecta —musitó Brigitte.

—¿No le gusta?

—Me gustaría más si estuviera segura de que es cierta.

—Pues no tengo otra, así que… tómela o déjela. Hemos descuidado todo lo demás para dedicarnos a esto, le he dado un resultado, y no hay más que hablar. Ahora, quiero el dinero.

Brigitte puso el portafolios en las manos de Abdel, sonriendo secamente.

—Una última cosa, Abdel: si usted me ha mentido, le aseguro que no llegará a disfrutar de este dinero. Buenas noches.

Segundos después, se alejaba en el cochecito, conduciendo con una mano, mientras con la otra accionaba la pequeña radio.

—¿Simón?

—Sí… Aún no he llegado a la villa de Hassim…

—Lo suponía. Todo está arreglado.

—¿Ya? —exclamó Simón.

—Ya. Tal como están las cosas, podré arreglármelas sola… De modo que hacia las dos de la madrugada estaré ahí con el portafolios.

—Pero deberíamos ayudarla a conseguirlo…

—No es necesario. Va a ser muy fácil, se lo aseguro. Sobre todo, no se muevan de esa villa, pues no quisiera encontrarme sola cuando esto termine.

—La estaremos esperando, pierda cuidado. Pero creo que no debería hacerlo sola… ¿Por qué arriesgarse?

—Insisto en que no necesito ayuda. Va a ser muy fácil. Pero, por favor, sobre todo, espérenme ahí. Llevaré el portafolios, se lo devolveremos a Savoritchenko… vació, claro, y nosotros nos llevaremos los proyectos de sabotaje.

—¡Buena broma! —rió Simón.

—¿Verdad que sí? Bien, eso es todo. Hasta luego, Simón.

Cerró la radio, la dejó en el asiento contiguo, y volvió a mirar por el retrovisor, hacia el coche que la estaba siguiendo desde que se había separado de Abdel, en la Avenida de España.

## Capítulo VIII

Finalmente, detuvo el coche en un ocasional aparcamiento que encontró en una calle por detrás del Boulevard Pasteur, precisamente muy cerca del Hotel Tánger. Se apeó, regresó a pie al Boulevard Pasteur, y continuó hacia la plaza donde estaba El Mirador, haciendo caso omiso a las miradas que le dirigían los hombres sentados en los cafés, ocupando buena parte de la acera. La mayoría eran marroquíes, tomando café con leche o té.

De pronto, Brigitte dobló la esquina, rápidamente, como quien está dispuesto a echar a correr. Se quedó pegada a la pared,

tranquilamente, y sonrió secamente cuando tres segundos más tarde, el hombre que la había estado siguiendo apareció, presuroso, muy abiertos los ojos… Se quedó petrificado al verla, tan sorprendido, que no hubo lugar a disimulos.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó Baby, en francés.

El marroquí vestido a la europea, miró a todos lados y se pasó la lengua por las labios, gruesos, lívidos.

—¿Perdón, *madame*…? —susurró.

—Me está usted siguiendo desde la Avenida de España. ¿Por qué?

—No, no, *madame*, no…

—Vamos, no sea necio. Si quisiera hacerme algún mal, no habría esperado a llegar aquí, lo sé. No quiere atacarme, pero quiere algo de mí… ¿De qué se trata?

—Pero, *madame*, le aseguro…

—¿Está bien mil dólares? —interrumpió Brigitte.

El hombre tragó saliva.

—Yo la seguía, *madame*, en efecto.

—Nos vamos entendiendo. ¿Por qué?

—Pensé que me pagaría bien cierta información sobre dos hombres que está usted buscando.

—Ahora, todavía nos entendemos mejor —sonrió Brigitte—. ¿Posee usted esa información?

—Sí, *madame*.

—¿Cómo ha sabido que me intereso por dos hombres?

—Bueno… Es la competencia, *madame*.

—¿La competencia?

—Sí… Nosotros sabemos que Abdel y otros hacen algunos trabajos… extraños. Nosotros también los hacemos. Se corrió un rumor, yo vigilé a Abdel después de enterarme de donde están esos dos hombres, y así supe quien le pagaba por conseguir esa información: usted.

—Entiendo. Pero lo siento por usted; Abdel ya me ha facilitado la información.

—Ah… Bien, mala suerte —sonrió el marroquí—. Otra vez será, *madame*. Perdone si la he molestado, pero mi trabajo…

—No se preocupe —casi rió la divina—. Los espías de pacotilla como usted no me molestan.

—Cada uno vive como puede, *madame*.

—Por supuesto. Comprendo eso, y lamento que su información ya no me sea necesaria. Sin embargo, me gustaría… asegurarme de la información de Abdel. Aunque, claro —añadió rápidamente—, eso no vale mil dólares.

—¿Cuánto vale? —preguntó en el acto el árabe.

—Mmmm… ¿Cien dirhans?

—¡*Madame*…!
—Está bien; quinientos.
—¿Puedo verlos, *madame*?
Brigitte abrió el maletín, sacó la billetera, separó cinco billetes de cien dirhans, y los tendió al hombre, que los hizo desaparecer en el acto.
—Por esa cantidad, *madame*, sólo puedo decirle que tenga mucho cuidado si va a la Kasbah. Especialmente, de noche.
—¿La Kasbah? —Parpadeó Brigitte—. ¿Por qué he de ir allá?
—¿No está buscando a esos dos hombres?
—¿Están en la Kasbah?
—Claro, *madame*. Lo sé bien —el hombre se mordió los labios—. ¿No es eso lo que le ha dicho Abdel?
—No.
Ahora fue el marroquí quien parpadeó, desconcertado.
—Bueno… No sé… *Madame*, le aseguro que no estoy engañándola. Mis informes dicen que hay dos hombres en la Kasbah… Dos hombres blancos, se entiende. Llevan algunos días allá, escondidos, según parece.
—¿Dónde de la Kasbah, exactamente? ¿Lo sabe?
—Sí, sí…
—Dígame la dirección.
—¿La dirección? —El marroquí se echó a reír—. ¡Pero, *madame*, usted no la encontraría allí dentro, se lo aseguro!
—¿Usted sí?
—¡Claro que sí!
Brigitte se quedó mirando muy atentamente al árabe, antes de musitar:
—Antes, le ofrecí mil dólares… ¿Quiere ganar diez mil?
—¿Dólares? —Casi gritó el marroquí.
—Sí.
—¿Puedo verlos?
—No los tengo aquí, pero los tendré muy pronto. Todo lo que tiene que hacer usted es seguirme, sin perderme de vista. Igual que ha estado haciendo. ¿Lo comprende bien?
—Sí, *madame*.
Brigitte asintió con la cabeza, miró su reloj, y regresó a la acera del Boulevard Pasteur, ahora sin volverse, pues sabía perfectamente que el marroquí no la perdería de vista. Poco después, llegó a El Mirador, el bonito café que en el piso alto dispone de un salón amable, cubierto por grandes cristales. Subió, se sentó a una mesa junto a uno de los cristales y encendió un cigarrillo. Ni siquiera parpadeó cuando el marroquí apareció a los pocos segundos y ocupó otra mesa. Miró hacia la pequeña plaza donde se abigarraban docenas

de familias marroquíes; mujeres, hombres y niños se apelotonaban, sentándose en el suelo, en los bancos, sobre la balaustrada del mirador que permite ver el mar, en una hermosa vista del puerto y playa. Casi todas las mujeres vestían de blanco, y la mayoría cubrían la mitad de sus rostros… Era como un hervidero de blancas muñecas, con críos saltando por en medio. Los hombres formaban grupos aparte, conversando reposadamente. Casi ocupaban toda la plaza, donde se vendían pastelillos, cacahuetes, caramelos, tabaco…

Casi media hora más tarde, cuando Brigitte había fumado tres cigarrillos, y consumido dos tazas de té con menta, apareció un hombre blanco, de buena estatura, vestido muy correctamente, con gran seriedad. Llevaba una cartera de piel en la mano izquierda. Miró alrededor, vio a Brigitte y se acercó lentamente.

—¿Baby? —susurró.

—Llega con veinte minutos de retraso, Simón.

—Lo lamento. Hubo una pequeña contrariedad en el aeropuerto de Madrid. Con todo, admitirá que hemos trabajado de prisa.

—¿Recibieron los datos que pedí a Washington?

—Así es. Por curiosidad: ¿cómo se las arregló para poder enviar el paquete a la Central?

—Anoche estuve en el aeropuerto, busqué a un piloto que fuese a Nueva York, y le entregué el paquete y una nota, todo muy bien envuelto. Le dije que en el aeropuerto Kennedy le estarían esperando, y que sólo tenía que entregar el paquete y le darían mil dólares. Luego, telefoneé a mi jefe en Nueva York; le dije que fuese a esperar al piloto, y que enviase el paquete a la Central o lo llevase personalmente a la máxima urgencia. Una vez conseguidos los datos que yo pedía, debían enviarlos por radio, a Madrid, para que desde allí, uno de nuestros agentes me los trajera esta noche aquí, al Mirador, a las nueve… Son las nueve y veinte.

—Lo siento, pero no fue culpa mía, de veras. ¿Quiere los datos ahora?

—Por favor. ¿Ha traído dinero?

—También. Y no ha sido fácil.

Simón-Madrid abrió la cartera y sacó una carpeta de color paja, que tendió a Brigitte. Está la abrió y, al instante, pareció olvidarse del hombre que tenía delante. A medida que iba leyendo, su rostro iba perdiendo el color. Luego, examinó varias fotografías conseguidas por radio…

—¿Se encuentra bien? —musitó Simón-Madrid.

—No —tembló la voz de Brigitte—. A decir verdad, me encuentro muy mal, Simón. Ya sospechaba todo esto, e incluso mucho más de lo que pone aquí, pero… no me hace feliz enterarme de esto.

—Me gustaría poder ayudarla en algo.

—¿Conoce Tánger?

—Muy poco. Sólo he estado aquí un par de veces.

—Bien… ¿Lleva pistola?

—No me atreví a pasarla. Ya era suficiente el dinero.

—Sí, desde luego… ¿Cuánto ha traído?

—Veinticinco mil. Pero si necesitamos más, conseguiré…

—Tenemos suficiente. No se ofenda, Simón, pero… ¿qué clase de agente es usted? ¿De acción, o… de los otros?

—Usted sabe muy bien que cuando Baby pide apoyo nunca le envían agentes de los otros, salvo petición expresa. Digamos —sonrió— que soy de los que están dispuestos a todo. Incluso sin armas.

Brigitte se volvió e hizo señas al marroquí que los estaba mirando muy atentamente. El hombre se acercó y se sentó entre ambos cuando Brigitte le señaló una silla.

—¿Cómo se llama usted?

—Moussa, *madame*.

—De acuerdo, Moussa. Le pagaré diez mil dólares si puede usted proporcionarme todo esto en menos de media hora: un coche, una pistola, ropas para mí como la de esas mujeres —señaló a la plaza— y un par de hombres con picos y palas. Además de eso, me llevará usted a la Kasbah, exactamente a la casa donde están esos dos hombres. ¿Puede?

—Sí, *madame*.

—¿En media hora?

—Sí, *madame*. ¿Paso a recogerla aquí?

—Estaré esperando en la calle exactamente dentro de treinta minutos… Y ya empiezan a contar, amigo Moussa.

## Capítulo IX

El coche pasó por delante del letrero que con fondo azul y en letras blancas indicaba el camino hacia la Kasbah. Siguió adelante, para detenerse al fin ya dejado atrás el extremo de Rue de la Kasbah, muy cerca del Instituto Pasteur.

—¿Aquí está bien, *madame*?

—Sí.

Moussa se volvió, y se quedó mirando fijamente a la bellísima mujer, que sin empacho alguno se había quitado sus ropas europeas, quedando solamente en las dos diminutas prendas íntimas. Abrió entonces el maletín, sacó una cajita plana, metió dos dedos de cada mano en ella, y empezó a frotarse el rostro. En pocos segundos, éste quedó oscurecido, mientras el atónito Moussa se preguntaba cómo era posible que una mujer que media hora antes había visto rubia tuviese ahora aquellos largos y hermosos cabellos negros. Por supuesto, ni se

le ocurrió pensar que a la *madame* le había bastado con lavarse la cabeza, con su champú especial. Siguió asombrándose cuando la vio colocarse aquellos pequeños cristales en los ojos y, finalmente, quedó estupefacto cuando, tras ponerse el blanco manto marroquí que él le había proporcionado, quedó convertida en nativa, sobre todo al ponerse el blanco pañuelo ocultando la mitad inferior de su rostro. Lo último que hizo fue tomar aquel bonito maletín rojo con florecillas azules, abrirlo, sacar de él una funda negra, y meterlo dentro. Lo escondió bajo el manto y miró al maravillado Moussa.

—En marcha. Hasta luego, Simón… Esté atento.

—Usted es una insensata —masculló Simón-Madrid—. Eso debería hacerlo yo.

Brigitte no le hizo caso. Se apeó y Moussa hizo lo mismo. Comenzaron a caminar hacia la calle que los introduciría en la Kasbah, ella un poco detrás. Recorrieron la calle, un tanto sinuosa, hasta llegar al pequeño arco a partir del cual se encontrarían en la Kasbah auténtica.

Todavía había chiquillos por allí, alborotando. Llegaron a una pequeña plaza, donde había un hermoso bazar aceptablemente iluminado. Delante, estaba la prisión de La Medina. Al lado, el Palacio del Sultán. Cuando empezaron a adentrarse en calles más estrechas, pareció que el mundo se oscureciese aún más, y un hedor a humanidad sucia, a orines y excrementos, arrancó lágrimas en los ojos de la espía internacional y alteró considerablemente su estómago. En la puerta de una casa había un niño con la cabeza llena de costras, y más allá, otro estaba orinando de cara a la pared. Las calles se estrecharon hasta el punto de que ya no podían ir juntos, sino Baby detrás de Moussa. Descendían, se curvaban, se enroscaban en sí mismas. El piso estaba húmedo, como pringoso. Muchas puertas estaban abiertas, y dentro de las casas se veían mujeres envueltas en blanco, sentadas en el suelo, con niños pequeños en brazos. El hedor era tan intenso ya que Brigitte casi se mareó.

Dos hombres se cruzaron con ellos, pegándose a una pared. Sus ojos centelleaban, pero Moussa gruñó algo en árabe y su actitud un tanto provocativa desapareció. Había una tienda donde vendían pinchitos morunos, y el agrio olor de las especias acabó de destrozar la pituitaria de la divina espía. Los hombres conversaban en las calles, y los miraban, pero parecían perder todo interés al identificar a Moussa como uno de su raza.

Por fin, quizá en la más angosta y asquerosa de las calles, Moussa se detuvo ante una puerta, señalándola con el pulgar. Toda la luz que había allí provenía de una bombilla situada en la esquina… si es que se podía llamar así a los cruces de aquellas calles de apenas un metro de ancho.

—Vigile —susurró Brigitte—. Cuando yo entre, hágalo usted, pero quédese en la entrada.

Del maletín sacó rápidamente la más gruesa de sus ganzúas, del grueso de un lápiz, porque había visto que la cerradura era grande, vieja, arcaica… Y a pesar de esto, no tardó en girar el paño metálico más de diez segundos. Guardó la ganzúa, empuñó la pistolita y entró, seguida de Moussa, al cual entregó el maletín. La puerta quedó cerrada tras ellos, y entonces, la oscuridad fue total. Una delgada raya de luz brotó de la mano izquierda de Baby, como un rayo perforando las tinieblas. Al mismo tiempo, avanzaba, y su rodilla chocó con algo. Se oyó el rumor de madera arrastrándose por el suelo.

Y en seguida, una voz, hacia el interior, preguntando algo en árabe. Luego, se encendió una luz, y volvió a oírse la voz. Al resplandor de aquella luz que llegaba del fondo, Brigitte vio a Moussa, que se pegaba a la pared… Tenía los ojos muy abiertos, asustado.

Se oían pasos acercándose y Brigitte se colocó rápidamente a un lado del arco que hacía más angosta la entrada a la vivienda después del pasillo. Se encendió otra luz, mucho más cerca, de modo que Moussa quedó completamente iluminado, petrificado, desorbitados los ojos.

Los pasos se oyeron claramente, acercándose, muy despacio. Una sombra se proyectó hacia aquella especie de pasillo, y la espía se pegó más a la pared. Por la expresión de Moussa, a quien el miedo no permitía reaccionar, supo que el peligro estaba cerca, cerca, cerca.

Sucedieron varias cosas al mismo tiempo: oyó el respingo de un hombre que sin duda acababa de ver a Moussa, apareció un brazo con una pistola en la mano, y el brazo derecho de Brigitte Montfort se movió velozmente, de modo que su pistolita golpeó aquella mano… Esto, en un segundo.

Al segundo siguiente, mientras el hombre lanzaba una exclamación de dolor y la pistola saltaba por el aire, Baby se había deslizado por un lado, como una centella, hacia la espalda del hombre, y su rodilla subió en un feroz impacto a los riñones, que hizo caer de rodillas al recién aparecido árabe; para cuando sus rodillas llegaron al suelo, un brazo de la espía había hecho ya la presa en la garganta, con una fuerza feroz, terrible, ahogando todo sonido. El árabe quiso ponerse en pie, pero la espía apretó en la parte posterior de su cabeza con el vientre, mientras tiraba aún con más fuerza del brazo.

Crac.

El chasquido de la rotura del cuello resonó con escalofriante nitidez, y Brigitte soltó al hombre que cayó de bruces, muerto instantáneamente.

Con el pie Brigitte empujó la pistola hacia Moussa que

permanecía inmóvil, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas. La espía hizo una seña imperiosa y el marroquí se inclinó y recogió el arma.

—¿Mohamed? —Se oyó más dentro de la casa pestilente.

Brigitte casi saltó hacia Moussa.

—Conteste que va allá —susurró rápidamente.

Con voz ronca, Moussa pronunció algunas palabras en árabe y luego quedó inmóvil, mientras Brigitte se deslizaba hacia el interior de aquella especie de pocilga. Cuando dejó atrás lo que parecía ser comedor, cocina y retrete al mismo tiempo, se encontró en otro pasillo, a cuya derecha había luz. Procurando que sus pisadas se oyeran claramente, Brigitte caminó hacia allá… mientras dentro de aquella habitación volvía a oírse la voz del mismo hombre, en árabe, seguramente preguntando algo.

Brigitte apareció de pronto en la entrada a aquel cubículo.

Y la sorpresa fue mutua.

El hombre que esperaba ver aparecer a Mohamed se encontró ante una blanca aparición desconocida. Y la espía que esperaba encontrar a otro árabe vio, sentado en un catre, a un hombre blanco, atlético, pelirrojo, desnudo de cintura para arriba.

Los dos salieron a la vez de su sorpresa. Los dos reaccionaron a la vez. El hombre blanco saltó hacia el taburete donde se veía una funda axilar con la pistola mostrando la culata, y sus dedos se crisparon en ésta… Baby encontró muchas menos dificultades en su reacción: solamente tuvo que apretar el gatillo.

Plof, sonó su pistolita.

El hombre recibió la bala en la sien izquierda, giró, derribando el taburete, rodó y quedó tendido cara al techo bajo de vigas carcomidas. Durante unos segundos, Baby no se movió, fijos sus ojos ahora negros por las microlentillas en el enemigo, de cuya sien brotaba un hilillo rojo. Por fin, se acercó y se quedó mirando aquellos ojos azules, abiertos, fijos en la Muerte.

Estaba segura que no había ningún enemigo más en aquella casa, de modo que llamó:

—Moussa… ¡Moussa!

—Di-diga, *madame* —apareció al poco el marroquí en el umbral.

Sus ojos volvieron a abrirse al ver al hombre blanco muerto, pero Brigitte no estaba dispuesta a perder tiempo.

—Busque a los otros dos por la casa. ¡Vamos!

—Sí, *madame* —casi grito Moussa.

Desapareció del umbral, y Brigitte fue hacia el taburete, donde estaban las ropas del hombre blanco. Desdeñó inmediatamente la pistola y se dedicó a buscar en los bolsillos. La ropa era de escasa calidad, vieja, como convenía a quien no quisiera llamar demasiado la

atención si frecuentaba mucho la Kasbah. Encontró en seguida la radio de bolsillo, dinero, un cargador completo para la pistola, tabaco, cerillas, documentación a nombre de Pierre Lafoux… Documentación falsa, naturalmente. Ella «olía» a un agente de la MVD desde Washington a Moscú.

—*Ma-madame*, he… he encontrado…

Se volvió como un rayo y Moussa volvió a respingar. Señaló hacia su derecha y Brigitte fue hacia allá tras él. Al fondo, había una puerta muy gruesa, de madera húmeda, que evidentemente había abierto el marroquí.

Cuando entró, se encontró en un cuarto de apenas cuatro metros cuadrados. Y enfrente de la entrada, atados a gruesos tablones sucios de grasa y de sangre, como bestias inmundas, retorcidos sus cuerpos por el salvaje sistema de ataduras, dos hombres. Estaban casi desnudos y tenían sangre seca por todas partes. Sus cabellos formaban una masa estropajosa debido a los coágulos de sangre, y sus rostros estaban hinchados debido a los golpes, cubiertos de sangre seca, casi cerrados los ojos, partidas las cejas, obturadas las narices por la sangre que se había secado posiblemente en las fosas nasales. En medio de aquel horror, brillaron, mortecinos, los ojos de ambos hombres, fijos en aquella blanca aparición. Apenas se veían, pero sí lo suficiente para distinguir en el fondo de las pupilas la expresión de terror, de espanto infinito.

Brigitte se acercó lentamente, se arrodilló delante de ellos, y se quitó el velo que ocultaba la mitad de su rostro. Luego, se quitó la capucha y, por último, las microlentillas de contacto. Entonces, sus azules ojos quedaron visibles.

Los dos hombres vieron el bellísimo rostro ante ellos, tan pálido en aquel momento. Vieron cómo aquella mujer tragaba saliva y oyeron su dulce voz, un tanto enronquecida:

—¿Qué tal si nos damos un lindo paseo, muchachos?

La broma no encajaba mucho con el tono angustiado de la voz, pero resultó reveladora, al parecer. Una luz de esperanza, una luz de profunda alegría, de alivio, apareció en aquellos ojos que quedaban prácticamente ocultos tras los hinchados pómulos y cejas cubiertas de costras.

—¿Baby? —gimió uno de ellos, con el tono de quien cree hallarse ante un marciano.

—No debería sorprenderse, Simón —sonrió crispadamente la divina espía—. ¿Desde cuándo dejo yo en la estacada a mis muchachos?

Simón-Madrid había llevado el coche más cerca de la salida de la Kasbah, de acuerdo a las instrucciones, y, cuando vio aparecer a

cuatro personas en vez de dos, lanzó una exclamación de incredulidad. Puso el motor en marcha y se apeó rápidamente, acudiendo al encuentro de aquellas personas.

A dos de ellas, las conocía ya, ciertamente. Las otras dos, dos hombres, vestían viejas chilabas que resultaban pequeñas para su estatura, pero que se arrastraban por el suelo debido a lo encorvados que iban los dos hombres, tambaleantes, cada uno de ellos prácticamente sostenido en pie gracias a la ayuda que recibían. La impresión que le produjeron fue de que sus piernas eran de trapo… Y cuando vio sus rostros al ayudarles a entrar en el coche, sintió como un latigazo en toda la columna vertebral.

—¡Santo Dios…! —gimió.

—Los cirujanos de la CIA les dejarán nuevos otra vez, Simón —murmuró Brigitte—. Lo importante es sacarlos de aquí. Y cuanto antes nos alejemos de la Kasbah, mejor… Huele mal.

Simón-Madrid se puso al volante una vez estuvieron acomodados en el asiento de atrás los dos hombres torturados. Moussa se sentó a su lado, todavía sobrecogido, y Brigitte lo hizo entre los dos recuperados personajes.

—Deme su cartera, Simón —pidió Brigitte.

Éste la tendió hacia atrás, con una mano, atento a la marcha, Rue de la Kasbah abajo. Baby la abrió, separó unos fajos de billetes y los tendió a Moussa.

—Diez mil dólares, Moussa.

—Gracias, *madame* —se los embolsó rápidamente el marroquí.

—Se apeará usted al llegar a Rue Josaphat, porque nosotros no vamos a ir ahora hacia el centro de Tánger. Mañana podrá recoger su coche, o quizá esta misma noche… ¿Tiene listos a los dos hombres con las palas, tal como le pedí?

—Sí, *madame*.

—Entonces, ya sabe a dónde tiene que ir con ellos, y a qué hora. Seguramente, podré devolverle el coche entonces.

—Sí, *madame*. Usted está confiando mucho en mí: ya me ha pagado…

—Lo que realmente valía la pena, ya está hecho, y usted ha cumplido bien. Lo demás, puede cumplirlo o no, pero espero que sí lo cumplirá… No quisiera disgustarme con usted, Moussa.

—No, *madame* —respingó el marroquí—. ¡Yo tampoco quisiera eso, se lo juro!

—Estamos llegando al cruce con Josaphat —dijo Simón-Madrid.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Hasta luego, Moussa.

—Claro que sí, *madame*.

El marroquí se apeó, y en seguida, el coche siguió su marcha,

girando ahora hacia Rue Josaphat, hacia arriba, de modo que, efectivamente, se alejaron del centro de la ciudad, que brillaba abajo.

—Le quedan quince mil dólares, Simón —dijo Brigitte—. Creo que será suficiente.

—Más que suficiente —aseguró Simón-Madrid—. No se preocupe por eso; encontraré alguna avioneta o un helicóptero… Pero puede estar segura de que no tardaremos mucho en llegar a nuestra base de Rota. Sin embargo, yo debería…

—¿Ayudarme?

—Sí.

—Ya lo está haciendo; quien ayuda a mis Simones me ayuda a mí.

—Sólo estoy cumpliendo con mi obligación —murmuró el espía —. De todos modos, si alguna vez me encuentro en un apuro, espero tener la misma suerte que ellos.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, usted también es un Simón.

—Gracias a Dios. Pero me gustaría demostrarlo más… adecuadamente. Usted sola quizá no pueda…

—No insista. De todos modos, se lo agradezco… ¿Qué…?

Uno de los hombres de atrás se había ladeado, de pronto, cayendo hacia Brigitte, que lo sostuvo rápidamente. Su manita fue hacia el cuello lleno de costras de sangre, y, segundos después, suspiraba con profundo alivio.

—¿No está muerto? —susurró el otro.

—No —Brigitte mantuvo abrazado al desmayado espía—. A éste no han podido matármelo, Simón.

## Capítulo X

Simón II miró su reloj y frunció el ceño.

—¿A qué hora te dijo?

—Hacia las dos.

—¿Estás seguro?

—Claro. ¿Qué demonios te pasa?

—Son casi las dos y cuarto.

—Ella dijo hacia las dos —farfulló Simón I—. Y conocemos muy bien a esa mujer; nada podrá detenerla. Sería demasiada casualidad que fracasase precisamente en este trabajo.

—Pues se está retrasando.

—¡Ya está bien! Si dijo hacia las dos…

—No discutáis más —gruñó Savoritchenko—. Sería estúpido perder la paciencia a estas alturas.

Simón I y Simón II le miraron con cierta irritación. La conversación entre ellos se estaba desarrollando en ruso.

—No todos tenemos la sangre tan fría como tú, Sergei.

—Pues deberíais tenerla.

—Quizá. Pero parece que tú estás olvidando una cosa: estamos tratando con la agente Baby.

Sergei Savoritchenko sonrió irónicamente.

—Es una pobre desdichada —opinó—. Me pregunto cómo ha podido sobrevivir hasta ahora. Es absurdo. Sólo puedo pensar que tuvo como enemigos a agentes más desdichados que ella.

—Será mejor que no te pases de listo, Sergei —musitó Simón I—. Esa mujer lleva casi quince años de espía. Primero, pequeñas cosas, luego, cada vez de más envergadura. Nosotros lo sabemos mejor que nadie. Y si pensamos en esos quince años de espía…

—Pura suerte.

—Me parece demasiada suerte; quince años son muchos. Ella me dijo que le gusta tener la cabeza sobre sus propios hombros, y tenemos que pensar que conseguir eso durante quince años no es cosa… de pura suerte. Para serte sincero me quedé helado cuando supimos que enviaban a Tánger nada menos que a ella… Es un bocado… muy grande.

—Es sólo una mujer —gruñó Savoritchenko—. Y no demasiado lista, me parece a mí. Es fantástico que una mujer haya conseguido salir con bien de todas las trampas que le hemos tendido en tantos años. La última fue la más sutil de todas ellas y también escapó.

—¿A cuál te refieres?

—Vosotros no estabais en Moscú y, naturalmente, no se dio publicidad interior al asunto. Imagino, sin embargo, que habéis oído hablar de nuestro Val Angelof.

Los dos soltaron un bufido.

—¿Quién no ha oído hablar del camarada Angelof? Es el mejor hombre que tenemos, sin duda alguna.

—Quizá en el directorio decidan que ese elogio lo merece otro, después de esto.

—¿Te refieres a ti? —sonrió secamente Simón II.

—Desde luego. Baby se burló del modo más fantástico de Val Angelof[3]. En estos momentos, él está en las Hawai, «disfrutando» de las vacaciones de tres meses que pidió para meditar y reponerse del choque mental que su fracaso le produjo. En cuanto a mí, no creo que me pase nada parecido, y cuando regrese a Moscú…

Se calló, de pronto. Todos miraron hacia la ventana. Afuera, a los pocos segundos, se oyó con toda claridad la llegada de un coche. Simón I corrió a la ventana, miró al exterior y se volvió rápidamente.

—Es ella —susurró; volvió a mirar y de nuevo se volvió tenso el rostro—. ¡Y trae el portafolios!

—Id a recibirla, pronto. Y si dentro de un minuto no habéis subido aquí, es que el portafolios que trae es el nuestro…

La puerta se abrió y Baby entró en la casa. Miró a Simón I, sonriendo alegremente.

—Hola, Simón. ¿Todo bien por aquí?

—Todo bien… ¡Lo ha conseguido!

—En efecto —Brigitte alzó a la vez el portafolios y su maletín rojo con florecillas azules—. Aquí está todo esto… Hola, Simón.

Simón II se acercó codiciosamente.

—Sabíamos que usted no podía fallar —aseguró—. Pero se estaba retrasando, de modo que pensábamos que…

—Tonterías —rió la divina—. Como usted bien ha dicho, yo jamás fallo. Pero estoy cansadísima. Vamos a sentarnos cómodamente, por favor… ¿No les sorprende ver que ya no soy rubia?

—¡De usted no nos sorprende nada, a estas alturas! —rió Simón —. ¡Vamos a ver esos proyectos!

Entraron en el salón tapizado de modo tan recargado, y Brigitte se dejó caer en un sillón, con un suspiro. Se quitó los zapatos y movió los deditos de los pies, gimiendo de placer.

—Los tenía llenos de arena. A mí me encanta la arena, pero cuando está caliente de sol y yo estoy en bikini. Por cierto, que pienso pasar un par de días en cualquier playa maravillosa cuando esto termine. ¿Qué tal si celebramos nuestro éxito?

—¿Con qué? —sonrió Simón II—. En casa de un árabe es poco probable que encuentre usted algo decente que beber… y la botella de vodka que trajo la otra vez se rompió.

—Yo pienso en todo —sonrió Brigitte—. Vamos a ver…

Abrió su maletín, tras colocarlo sobre la redonda mesita. Sacó una botella de vodka y un vaso, y alzó las cejas, disgustada.

—Demonios —rió Simón II—. Esto es formidable.

—No demasiado. Compré otra botella de vodka, pero, como soy tan egoísta, sólo adquirí un vaso para mí. ¿Les importa beber directamente de la botella?

—Preferiríamos *whisky*, pero, en fin…

—En cambio, a mí me encanta el vodka —rió Baby—. ¡Casi se podría pensar que soy una espía rusa, no yanqui!

Rieron los tres. Simón I tomó la botella y bebió un largo trago, con evidente placer. Luego, pasó la botella a su compañero, que no demostró menos placer. Mientras tanto, Brigitte había abierto el portafolios, y estaba examinando como abstraída el montón de papeles escritos en ruso.

—Esto parece interesante —musitó—. Pero no puedo asegurar que sean los verdaderos proyectos. Vayan a buscar a Savoritchenko, por favor. Espero…

—No es necesario que se molesten —dijo Savoritchenko,

apareciendo en la puerta, sonriente.

Baby respingó, volviendo la cabeza hacia allí. Sergei Savoritchenko la miraba, con una mueca de burla en sus labios, las manos en los bolsillos, petulante el gesto… La espía volvió de pronto la cabeza hacia los Simones, y se mordió los labios al ver que ambos la estaban apuntando con sus pistolas. Simón II todavía tenía la botella de vodka en la mano izquierda, y relamía en sus sonrientes labios el sabor del licor.

—Simón —susurró Brigitte—. ¿Qué… qué…?

—Ahórrese asombro —dijo Savoritchenko—. Ellos no se llaman Simón. Quiero decir, que no son los hombres a los que usted llamaría Simón, Baby.

—Pe-pero no… no entiendo… Ellos…

—Ellos son tan rusos como yo mismo.

—¡No! —gritó Brigitte—. ¡Mentira!

—Vamos, vamos… Hay que saber perder con deportividad, Baby. Mire, a todos nos llega nuestra hora, ¿no está de acuerdo? Todo lo que sucede ahora es que ha llegado la hora de usted. Fin. Terminó su diabólica carrera la agente Baby. Fracaso y muerte. Eso es todo. Espero que se dé cuenta de que yo no soy como Val Angelof… No la perdáis de vista.

Se acercó y tomó el portafolios, mientras Simón I y Simón II mantenían apuntada firmemente a la petrificada y pálida espía de los ojos color cielo. Savoritchenko se sentó, abrió el portafolios y, tras una breve ojeada, movió la cabeza con gesto satisfecho.

—Magnífico —susurró—. Estos son los proyectos auténticos, desde luego. Gracias por haberlos conseguido para nosotros, Baby. ¿Qué le ocurre? ¿Está… desengañada de sí misma, asustada quizá? ¿Por qué no toma un trago de vodka? Creo que usted lo necesita más que nosotros.

Durante unos segundos, Brigitte Montfort estuvo mirando de uno a otro hombre. Por fin, inclinó la cabeza, y musitó:

—No entiendo nada…

—No es demasiado difícil, sin embargo.

—Me han engañado… Por Dios, no entiendo cómo ha podido suceder… Parece imposible…

—Todo es posible, en espionaje.

—¿Van a matarme? —Se quebró la voz de Brigitte.

—Lamentablemente, tendremos que hacerlo. Preferiríamos llevarla viva a Moscú, pero eso será un tanto complicado, y, a fin de cuentas, últimamente la recompensa se ofrece viva o muerta. ¿Por qué complicarnos la vida?

—Está usted… muy eufórico, Sergei.

—Bien… Póngase en mi lugar: me envían a recuperar unos

documentos robados por unos traidores, y no sólo consigo eso, sino que la temida agente Baby se pone en mis manos como una inocente paloma. Es mucho más de lo que esperaba conseguir, lo admito… Pero, cuando yo me marche de aquí, le aseguro que su linda cabecita no estará sobre sus bonitos hombros: será fácil de llevar, en una maleta.

Brigitte tragó saliva, y miró de uno a otro de los agentes rusos.

—Siempre temí la llegada de este día —susurró—. Y espero saber perder, Savoritchenko. Pero me gustaría… saber cómo ha sido posible que yo pierda.

—¡Qué golpe para su vanidad! ¿No es así?

—Francamente, sí. ¿Cómo lo ha conseguido?

Sergei Savoritchenko se tocó la frente con un dedo.

—Inteligencia simple y pura. Capacidad de improvisación. Astucia. Audacia. Valor. Decisión. En fin…, todas esas cosas que forman parte del bagaje personal del buen espía. Puedo empezar por decirle una cosa: no fue Igor Tochenko quien mató a su compañero en la casa vieja de la calle Hasnona, sino yo.

—¿Usted? Pero…

—Oh, vamos… Las cosas ocurrieron así: los tres traidores consiguieron llegar a Tánger, y, por medio de un cómplice que ya los estaba esperando, consiguieron la onda radial de la CIA en la ciudad. Entonces, llamaron a Muley Hassim, y le hicieron la oferta de los proyectos de sabotaje. Hassim llamó a… Simón —rió quedamente—, y éste, pese a encontrarse solo en aquel momento en Tánger, decidió, supongo, que el asunto era demasiado bueno para esperar. Así que fue a la casa vieja donde Tochenko había dicho que estaría esperando. Para entonces, nosotros ya teníamos localizado a Tochenko. Solamente a él, y, como temíamos que si lo atrapábamos los otros dos volarían, estábamos esperando. Pero eran muy listos. Cada uno estaba escondido en sitio diferente.

—¿Qué pasó con Simón?

—Bueno, él acudió a la cita, y entonces nosotros pensamos que era de la CIA, y que si acudía a entrevistarse con Tochenko, al cual habíamos visto entrar en aquella casa vieja, debía ser porque Igor Tochenko llevaba los proyectos, quizá microfotografiados. Así que, mientras mis compañeros —señaló a Simón I y Simón II— se quedaban abajo, yo subí cautelosamente para enterarme… Lamentablemente, hice ruido, y cuando llegué al lugar, comprendí lo que había pasado: Tochenko, al oírme, sospechó una trampa, golpeó a Simón y escapó. Al entrar yo vi a Simón intentando incorporarse, así que le di… un pequeño golpe en los riñones, le derribé de nuevo, le quité la pistola y lo maté.

Sergei sonrió, se sirvió vodka en el único vaso, bebió y, tras

chascar la lengua, prosiguió:

—Después, bajé, me metí en mi coche, y entonces, mis compañeros me llamaron, diciéndome que un marroquí me había visto. Puestas así las cosas, yo me fui, y dejé a mis compañeros allí vigilando a ver qué ocurría. Y ocurrió que, horas después, llegaron otros dos agentes de la CIA, que se reunieron con Mordecai junto al cadáver de Simón. Los estuvimos vigilando, incluso cuando se ocuparon de los trámites tan interesante para que el cadáver fuese enviado a Estados Unidos a toda prisa, muy discreto. En fin…, después Mordecai y los dos agentes vinieron a esta villa de Muley Hassim y, naturalmente, nosotros los seguimos. Resultó evidente que los de la CIA le estaban pidiendo una explicación a Hassim. Ignoro qué explicación les dio éste, porque, después de salir los de la CIA y Mordecai de aquí, decidimos pedírsela a éstos. Así que, apenas habíanse alejado de la villa, los atacamos. Mordecai murió en el acto de un par de balazos, el coche se estrelló contra un árbol, y nosotros sacamos de él a los dos de la CIA que estaban sin conocimiento. Metimos a los tres en el coche y volvimos a la villa para esperar que los dos de la CIA se recuperasen y, todos bien dominados, nos dijeran todo lo que supieran sobre el paradero de Tochenko… Es decir, de los otros dos… Fueron muy tercos.

—¿Los mató a todos? —susurró Brigitte.

—Solamente a Muley Hassim, a sus sirvientes y esposas… Los cadáveres, junto al de Mordecai, reposan en el jardín, bajo bonitas flores. ¿No se le ocurrió eso?

—No… Pero había aquí un Mordecai…

—Era un amigo nuestro, que se hizo pasar por Mordecai cuando supimos que iba a venir usted.

—Imposible… Abdel debía conocer la voz de Mordecai…

—Es que nuestro amigo no le decía a Abdel y a los demás colaboradores de la CIA que él era Mordecai, sino un amigo de éste, y que Mordecai no podía comunicarse con ellos. Por eso, ellos insistían en que querían ver a Mordecai.

—Entiendo… Pero cuando ya parecía que no podía evitarse que Abdel viese al falso Mordecai si éste venía conmigo, ustedes simularon toda aquella pelea para matarlo.

—¡Exactamente! Lamentable, pero necesario.

—¿Y qué… qué pasó con los otros dos agentes de la CIA? ¿También los mataron?

—Pues… no exactamente. En estos momentos creo que todavía deben estar vivos, bien vigilados por otro compañero, en lugar seguro. Los llevamos allá muy… discretamente, y los «convencimos» para que nos dijeran todo lo que sabían. Debo admitir que resistieron bastante, pero… acabaron hablando por los codos. Resulta que habían dejado

las cosas dispuestas para que el cadáver de Simón fuese enviado a Estados Unidos, y que habían pedido ayuda. Esto era un contratiempo para nosotros, en principio… Sin embargo, cuando estando ya nosotros al cargo de la emisora que tienen en Tánger, para estar al corriente de lo que se decidía en Estados Unidos, supimos que enviaban nada menos que a la agente Baby, yo tuve la gran idea: nosotros llevaríamos en todo momento la batuta. Mis dos compañeros, que como yo hablan el yanqui a la perfección, ocuparon el lugar de los dos agentes de la CIA. Con esto, dominábamos todo el tinglado. En cuanto a mí, sólo tenía que dejarme apresar, para explicarle a la fabulosa Baby de qué iba el asunto, y convencerla de que los tres traidores no querrían tratos con la CIA cuando, por el contrario, lo que ellos querían era precisamente eso: vender el portafolios a la CIA. Claro está que yo no podía permitir que ninguno de los tres se pusiese en contacto amistoso con la CIA, así que la enemisté a usted con ellos y, cuando fueron a ver a Tochenko, le di a entender a Simón —señaló al sonriente Simón I— que debía impedir que Tochenko hablase con usted. Por eso le mató, simulando que él iba a coger una pistola… No queríamos que usted charlase con uno de ellos, sino que los encontrase a los tres, utilizando todo el sistema de colaboradores de la CIA, que, dicho sea de paso, ha estado trabajando para nosotros. Mil gracias, Baby.

—Ahora comprendo por qué los tres traidores se escondían: estaban convencidos de que ustedes dominaban todo el tinglado de espionaje en Tánger.

—Claro. Y todo, gracias a usted. De nuevo, mil gracias.

—No se merecen.

—¡Oh!, sí, sí. Por cierto, todavía no me he interesado por los dos traidores Vladimir Ovanikof y Georgi Vlady… ¿Qué ha sido de ellos?

—Están bien.

—¿Están bien? —Alzó las cejas Savoritchenko.

—Sí. Mañana, ellos y yo saldremos hacia Washington, en avión especial.

Los tres rusos cambiaron miradas de desconcierto.

—¿Está loca? —farfulló Simón I.

—No —sonrió Brigitte—. Vamos, no creo. Después de libertar a mis dos auténticos Simones de aquella pocilga de la Kasbah, fui a Cap Espartel, a las doce en punto, convencí a los dos traidores de que era de la CIA y que podíamos hacer un trato, y llegamos a un acuerdo. Me entregaron el portafolios, y ya no escapan en un pesquero hacia España, sino que vendrán conmigo a Washington mañana temprano. Es decir —miró su relojito—. Dentro de cuatro o cinco horas.

Sergei Savoritchenko y los otros dos rusos estaban como si acabase de caerles encima un tonel de agua helada.

—¿De qué está hablando? —jadeó por fin el primero.

—De mi propia jugada, camarada Sergei… ¿Se encuentran bien los tres?

—Claro… ¿Está loca, realmente? ¿Qué está diciendo?

—Usted es una ilusa si piensa tomar ese avión —gruñó Simón I.

—No creo. Yo jamás he perdido un avión… Sobre todo, los de regreso a casa. Me encantan. A propósito: espero que ustedes no hayan sacado ya pasaje para Moscú. Habrían tirado su dinero.

—¡La voy a…!

—¡Espera! —exclamó Savoritchenko—. Ella está hablando; que termine de hacerlo.

—Un millón de gracias —sonrió Baby—. Y ya ve que hasta en esto soy más generosa que usted, que sólo me dio mil gracias. Por cierto, también quiero agradecerles los doscientos cincuenta mil dirhans que me consiguieron para Abdel; fue un ahorro para la CIA ¿Le apetece, que siga hablando, Sergei? *Okay*, camarada, ahí va: ¿ve usted este vaso de vodka? Creo que sí, porque acaba de beber en él. ¿Lo ve?

—Claro.

—Pues no es el mismo en el que bebió la otra vez… No; no fue porque se rompió con la botella. ¿No se dio cuenta de que el vaso había desaparecido?

—¿Desaparecido?

—Cuando me fui de aquí anoche, me lo llevé. Por mi propio sistema velocísimo, lo envié a Washington. Esta noche, a las nueve, he tenido la respuesta respecto a las huellas que había en él: eran las mismas que las encontradas en la pistola de Simón, con la cual le mataron. Es decir, que sus huellas estaban en la pistola de Simón, Sergei; fueron comprobadas meticulosamente con las del vaso. Esa noticia fue remitida a Madrid, y de allí me llegó a El Mirador. ¿Van comprendiendo, colegas? Oigan, ustedes son muy resistentes, de veras.

—¿Usted… sabía que yo maté a Simón?

—Lo supe con seguridad hace unas horas. Pero, mientras tanto, ya había ido sospechando que algo no iba bien; preguntas indiscretas de Simón, que ningún Simón me habría hecho jamás; mencionar el nombre auténtico de un compañero delante mío, cosa que tampoco hace hoy día ningún Simón del mundo; cierto… tono ruso en la voz que él justificó diciendo que había estado algunos años en Rusia; en cambio, Simón II no dijo haber estado, y se comprometió a vigilar la conversación de usted si lo llamaba por algún motivo el compañero que tenían en la Kasbah vigilando a mis torturados Simones… ¿Cómo podía vigilarle, si no sabía ruso? En cambio, aceptó con toda tranquilidad vigilar su conversación en este idioma… Luego, la precipitada muerte de Tochenko, que no me gustó nada. La perfecta

comedia para eliminar a Mordecai… Simón I pidiéndome mi nombre auténtico y dirección en Estados Unidos… ¡Esto ya era demasiado, colegas! Jamás ningún Simón se atrevió a tanto. Todo lo más, me envió flores por medio de la Central. Vamos, vamos, caballeros, formalidad… Están tratando con Baby, no lo olviden.

—¡Te lo dije! —chilló de pronto Simón I—. ¡Te lo dije, no es normal tener tanta suerte durante quince años de espionaje! ¡Ella es una maldita espía que…!

—Calma —susurró Savoritchenko, saliendo de su espanto mental —. Calma. Ella ha demostrado que es muy lista, pero no demasiado, a fin de cuentas. Nosotros tenemos los proyectos de sabotaje… y a ella.

—Es cierto que ustedes tienen los proyectos —dijo calmosamente Brigitte—. Pero unas microfotos de ellos han salido ya hacia Rota, y de allá irán directamente a la Central de la CIA, léase Washington. En cuanto a que me tienen a mí… es como querer retener agua pura y cristalina en un colador. Ya se lo dejé entrever a… Simón —le señaló —, pero no quisieron darse cuenta, siguieron ofuscados en su propio triunfo. La labor ha sido buena, colegas; han utilizado a la CIA, pero… es la CIA quien se lleva los beneficios. Es decir —sonrió candorosamente—, me los llevo yo, Baby. ¡Qué barbaridad, señores, ustedes son en verdad fuertes! —Miró su relojito—. Según mis cálculos, hace ya veinte segundos que… Ah… Parece que llegó el momento; ¿se encuentra mal, Simón I?

Éste se había crispado de pronto y su rostro perdió todo color. Soltó la pistola, y sus manos fueron al vientre rápidamente. Sus rodillas se doblaron, quedó encogido, turbios los ojos… La boca se abrió en un gesto agónico y, de pronto, cayó de bruces. Aún no había llegado al suelo, cuando Simón II siguió el mismo proceso: palideció, se crispó, cayó de rodillas, luego de bruces…

Tan lívido el rostro como el de sus compañeros, Sergei Savoritchenko consiguió al fin reaccionar. Su mirada fue hacia Baby, que le contemplaba inexpresivamente.

—Veneno —explicó la espía—; un poquito de veneno terrible en el vodka, Sergei. Dentro de un par de horas, tres hombres vendrán con palas aquí y los enterrarán en el jardín. Muley Hassim y los suyos no estarán solos. ¿Se está arrepintiendo de no haber conservado usted una pistola? —sonrió heladamente.

Los ojos del ruso fueron hacia las pistolas de sus compañeros Las tenía muy cerca, en el suelo. Sólo tenía que agacharse, coger una y dispararla contra la desarmada Baby.

—Al menos, puede intentarlo —dijo ella—. Siempre es mejor morir de un balazo que envenenado. Resulta menos doloroso, más… fulminante.

Sergei Savoritchenko parpadeó. Ella estaba mintiendo ahora, no

tenía ninguna pistola. Miró hacia el abierto maletín y tampoco vio allí arma alguna.

De pronto, sólo de pronto, pareció comprender la verdad: él también había bebido vodka, también estaba envenenado. Iba a morir. Irremediablemente, él iba a morir. Y al pensar esto, al comprenderlo de un modo brusco, brutal, sintió frío en todo el cuerpo, y al mismo tiempo, una extraña oleada de fuego en el rostro; se había burlado de la agente Baby, de sus quince años de espionaje, de sus triunfos, de su inteligencia, de su experiencia. Se había burlado de todo… y ahora, iba a morir él. Él, no ella.

Lanzó un rugido de furia, saltó hacia la pistola más cercana, puso la mano sobre la culata y desvió la mirada hacia Baby, ya alzando la pistola…

Vio las piernas descubiertas de la espía y la mano derecha de ésta separándose todavía de una de ellas. Vio un brillo en la mano derecha, luego un diminuto fogonazo en el fondo de aquella mano.

Plof.

Después, Sergei Savoritchenko ya no vio nada.

Durante unos segundos, Baby permaneció inmóvil, con la pistola en alto. Luego, volvió a colocarla en su muslo dorado, sujetándola con el esparadrapo color carne. Se bajó la falda, cerró su maletín, recogió el portafolios… Por último, vació la botella de vodka encima de los tres cadáveres y luego la tiró a un rincón. Sería una mala broma para Moussa y sus amigos convidarlos a aquel vodka. Muy mala broma.

En una mano, cogió el maletín y el portafolios. En la otra, el vacío vaso de vodka. Se acercó al cadáver de Sergei Savoritchenko, y dijo, en voz alta, clara:

—Lo prometí sobre rosas rojas, colega: quien mata a un Simón, jamás tendrá mi perdón. Y hasta cae en verso. Que aproveche.

Separó sus deditos y el vaso cayó.

Cuando se fue de allí, lo único que lamentaba era haber desperdiciado un vaso de vodka.

**Este es el final**

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, miró una vez más su reloj, con evidente impaciencia. Hacía ya casi diez minutos que había llegado el vuelo procedente de Washington, de modo que…

—Ahí viene —musitó Simón.

Y aunque le dio un codazo, Pitzer se limitó a murmurar:

—Las rosas.

Simón tomó el ramo de rosas rojas: exactamente, dos docenas. Nunca menos, nunca más. Saltaron los dos del taburete en el bar de la

sala de espera de vuelos nacionales, y se dirigieron hacia la persona que, evidentemente, habían estado esperando.

—¡Tío Charlie! —exclamó ella, cuando los dos llegaron ante su presencia—. ¡Qué delicadeza la suya al venir a esperarme! ¡Y con rosas rojas…! Hola, Simón.

—Hola —sonrió Simón—. Está usted guapísima.

—Lo sé, lo sé, querido… ¿Les avisaron de Washington de que llegaba en este vuelo?

—Así es.

—Bien… ¿Por qué esa cara seria, tío Charlie?

—Todavía está preocupado —murmuró Simón—. No va a creerlo, pero se ha pasado estas noches con pesadillas sobre usted.

—¡Cómo! ¿Yo produzco… pesadillas? ¡Simón!

—Bue-bueno, h… he querido decir que… que él tenía todas las noches pesadillas porque pensaba que… que podía ocurrirle algo…

—¡Oh! ¡Qué tontería! A mí nunca me ocurre nada. Sólo a mis pobres y queridos Simones —su rostro se ensombreció de pronto, para quedar pálido un instante después—. Tío Charlie: ¿a quién está esperando aquí?

—A usted.

—Sí, sí, pero… ¿solamente a mí? ¿Ningún otro avión, con… carga especial?

—Oh, no. ¡No, no, esta vez no, Brigitte…!

—Me había asustado —suspiró la espía más divina jamás nacida —. Bien, pues aquí me tienen. Apuesto a que me llevan a casa en su coche. Y yo les pagaré invitándoles a un vasa de vodka… Sí, señor, es una buena idea; estoy necesitando un buen vaso de vodka. A algunas personas les sienta mal, pero a mí siempre me sentó estupendamente…

**FIN**

**Notas**

[1] Véase precisamente la novela *Sentencia cumplida*, aventura de la cual regresa «Baby» en la presente escena. < <

[2] Véase *El salario de los espías*. < <

[3] Véase *La institutriz*, de esta misma serie. < <